



EL HOMBRE ROMÁNTICO

**FRANÇOIS FURET
y otros**

ALIANZA EDITORIAL

Título original:
L'Uomo romantico 1780-1840

3-

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 1995 Gius. Laterza & Figli Spa, Roma-Bari
© Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1997
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; teléf. 393 88 88; 28027 Madrid
ISBN: 84-206-9492-4
Depósito legal: M. 11.855-1997
Impreso en Lavel. Gran Canaria, 12. Humanes (Madrid)
Printed in Spain

Capítulo octavo
EL REVOLUCIONARIO
Bronislaw Baczko



Francesco Hayez, *El conde Arese en prisión*.

No busques solución en estas hojas, no la hay ni en este libro ni en ninguna otra parte. Lo que se ha decidido está acabado y la revolución no ha hecho más que empezar. No construimos, demolemos, allanamos el terreno. No proclamamos nuevas revelaciones, destruimos viejos errores.

Triste *pontifex maximus*, el hombre contemporáneo tampoco hace otra cosa que tender puentes. El gran desconocido ... por ahí pasará el futuro. Tal vez tú lo veas... y entonces lo seguirás. Porque es mejor perecer con la revolución que salvarse en el hospicio de la reacción. La religión de la Revolución, de la gran metempsicosis social, es la única que te lego. Religión sin remuneración, sin recompensa, salvo de la conciencia misma.

Ve a predicarla un día a nuestra casa, en ella aman mi voz, tal vez en ella recuerden... Y yo te bendigo en ese apostolado en nombre de la razón humana, de la libertad individual y del amor al prójimo.

Aleksandr I. Herzen, *De l'autre rive*; dedicado «A mi hijo Alexandre», 1854.

La herencia de la Revolución francesa

El *revolucionario* es un actor bastante reciente en la escena política. Esa figura se nos ha vuelto tan familiar que con frecuencia tendemos a olvidar su modernidad. A lo largo de la historia, el término mismo de *revolucionario* ha estado tan sobreexplotado, se hallaba investido de cargas afectivas y de valores simbólicos tan intensos, que

se ha vuelto de una ambigüedad temible. ¡Cuántas agrupaciones políticas reivindicaban con orgullo la cualidad de ser *revolucionarias*, cuántas maniobras han sido mancilladas y denunciadas como *obras de peligrosos revolucionarios*, a cuántos poetas, pintores, reformadores religiosos, etc., se les ha pegado el epíteto, por regla general elogioso, de ser otros tantos revolucionarios en arte, poesía o religión! El término *revolucionario* hereda la notoria ambigüedad de la palabra de que deriva: la *revolución*, y le añade sus propias ambigüedades. De resultas, la «población» que designa es tan vaga y flotante que nos parece útil hacer algunas observaciones sobre el término mismo, a modo de introducción a este esbozo de la historia de los revolucionarios entre finales del siglo XVIII y el último cuarto del siglo XIX, o más bien, a modo de un *retrato de grupo de los revolucionarios*.

Empecemos por la propuesta de precisar el término mismo: son revolucionarios los que inventan, piensan y organizan su acción política en función de un proyecto de revolución, o, para decirlo de otra manera, en función de la elección de una revolución como medio de realizar su proyecto político¹.

¹ Para ilustrar nuestro propósito parece ser muy útil analizar el rodeo que por la historia ha dado el término *revolucionario*, historia ampliamente solidaria de la del término *revolución*. Recordemos, pues, que en los siglos XVII y XVIII, *revolución* conoce al mismo tiempo una extensión y un cambio. Al principio, el término formaba parte del vocabulario de los astrónomos y designaba un movimiento en curva cerrada, como el retorno periódico de un astro tras el recorrido de su órbita. Luego gana usos históricos y sociales y designa un cambio brusco e importante en el orden social y moral, e incluso una transformación de un régimen político y de sus instituciones. (Utilizar términos propios del vocabulario de la mecánica y de las ciencias naturales para designar fenómenos históricos y sociales es una tendencia general de los siglos XVIII y XIX; por ejemplo, *progreso*, *reacción*, *evolución*.)

El término *revolución* se refiere asimismo a *revuelta*, a recurso a la violencia colectiva; reveladora de estas relaciones es la célebre anécdota sobre el mensajero que, el 14 de julio de 1789, intentaba hacer comprender a Luis XVI, en Versalles, la amplitud y la importancia de los acontecimientos parisinos: «Sire, no es una revuelta, es una revolución». La invención misma de esta anécdota ofrece un testimonio perfecto del nuevo sentido que denuncia el término *revolución*. Pese a esto, el término ya se empleaba en el sentido de cambio político radical, incluso violento, al hablar de *revolución* en Inglaterra en 1642-1648 (incluso en Inglaterra se utiliza preferentemente el término *civil war*; *revolución* se aplica, ante todo, a un acontecimiento político preciso, a saber, la restauración monárquica de 1660; posteriormente, la caída de Jacobo II y el paso a la monarquía parlamentaria se denomina *prodigious revolution*, *glorious revolution* y, finalmente, *the Revolution*, como nombre propio). Se habla asimismo de la *revolución de América*, pero también se utiliza el término la *insurrección de América*.

En el 89 también se impone con bastante rapidez la aplicación del término *revolución* a los recientes acontecimientos tomados en su conjunto, así como a las agitaciones que producen. Con una plasticidad notable, rica en significaciones y esperanzas, *revolución* significa sobre todo, en el discurso de la época, el corte en el tiempo, su división en un antes y un después, un momento de no retorno donde la historia arranca de nuevo. Los discursos y los símbolos revolucionarios insistían precisamente en esta ruptura. El

Toda definición conlleva su parte de arbitrariedad, y eso resulta mucho más inevitable en el caso de una palabra de semejante polisemia y plasticidad. Añadamos, pues, algunos comentarios para explicitar nuestro trabajo y delimitar mejor nuestro objeto.

a) A la vez que somos conscientes de las cargas simbólicas y afectivas que comporta el término *revolucionario*, nuestra intención es utilizarlo únicamente en un sentido *descriptivo*, no valorizador. Dicho en otros términos, no nos corresponde ni juzgar ni decidir quiénes son los *verdaderos* o incluso los *buenos* revolucionarios, ni enfrentarlos a los «malos revolucionarios» o a los «pseudorevolucionarios». Decidir quién es el *verdadero* revolucionario supone admitir que existe una sola manera de servir de forma eficaz a la revolución. Ahora bien, gozar de esa cualidad y disponer del monopolio de concederla es un reto de primera magnitud para los revolucionarios, y por ello objeto de ásperas disputas. El historiador, por el contrario, afronta esos debates y disputas como parte integrante del discurso de los revolucionarios sobre sí mismos, como un elemento importante de la búsqueda de su identidad por parte de tal o cual grupo, por parte de tal o cual tendencia. Lo mismo ocurre con el término *revolución*, situado en el centro de estos debates. Ciertamente el sentido dado a ese término por unos y por otros, la elección de objetivos, etc., en resumen, la *ideología*, son importantísimos, tanto para delimitar las particularidades de un grupo revolucionario como para captar las líneas divisorias entre grupos. Lo mismo ocurre con la elección

calendario revolucionario, introducido en octubre de 1793, fijando el 22 de septiembre de 1792, día de la proclamación de la República, como el *punto cero de la historia*, consagraba e institucionalizaba ese sentimiento de ruptura así como la voluntad de hacer irreversible tal cambio.

Muy poco después, en 1790, se ve surgir y afirmarse el adjetivo *revolucionario*. Sus primeros empleos son neutros, en el sentido de *relativo a la revolución*, por ejemplo *acontecimientos revolucionarios*, *crisis revolucionaria*. Pero también se emplea, y cada vez con más frecuencia, en el sentido de *favorable a la revolución*; por ejemplo, *principios revolucionarios*. A este sentido pasivo se añade otro, el de *agente activo del proceso revolucionario*, como por ejemplo en *comité revolucionario*, *ejército revolucionario*. Cuando el adjetivo *revolucionario* se convierte en nombre, conserva la misma ambigüedad: *partidario de las ideas revolucionarias*, o bien *aquel que aporta cambios revolucionarios*, *aquel que toma parte activa en la revolución*. En el siglo XIX encontramos otro derivado: *révolutionnariste* [*revolucionarista*] en el sentido de *partidario de la revolución como único medio de transformación de la sociedad y de sus instituciones* (el *révolutionnisme* [*revolucionismo*] designaría una doctrina que preconiza el empleo de los medios revolucionarios como única vía de transformación de la sociedad). El término *révolutionniste* no se implantó en última instancia en la lengua. La definición del *revolucionario* que he propuesto engloba a la vez el sentido del término *révolutionniste* y el de *revolucionario* como agente activo de la revolución. Cfr. Alain Rey, «*Révolution*». *Histoire d'un mot*, París, 1989, libro de una riqueza extraordinaria, del que he sacado diversas informaciones.

de los medios de acción adoptados como *revolucionarios*. También resulta evidente que son tan múltiples como diversos los caminos que llevan a los individuos a abrazar la causa revolucionaria, a convertirse en revolucionarios. No subestimamos todas esas diferencias y particularidades; sin embargo, más allá de la diversidad de las ideologías, de las motivaciones personales, etc., se encuentra cierta representación de la revolución, una idea-imagen activa que orienta tanto la acción de los revolucionarios como la elección de sus métodos de actuación. Por lo que se refiere al período que nos interesa, la matriz, el modelo de revolución como forma de cambio político y social radical que implica recurrir a la violencia colectiva, es la Revolución francesa, sean cuales fueren por otro lado las críticas de que era objeto. Volveremos sobre este punto en repetidas ocasiones.

b) La definición propuesta insiste de forma implícita en la *modernidad* de esa figura política. Observemos en primer lugar que *ser revolucionario* es un modo de *existencia colectiva*; se es revolucionario *con unos*, los «hermanos», los «camaradas», el «pueblo», etc., *y contra otros*. También es un modo de existencia y de acción a un tiempo colectivas y modernas por la siguiente razón: supone la reunión de individuos en un grupo únicamente en función de una elección propia y sobre la sola base de *comunidad de opiniones políticas*, abstracción hecha de sus orígenes sociales, convicciones religiosas, etc., en oposición por tanto a la sociabilidad propia del Antiguo Régimen, basada en el respeto a la jerarquía de los órdenes, de las pertenencias religiosas, de los oficios comunes, etc. En la sociedad estamental del Antiguo Régimen, las logias masónicas ofrecían a sus miembros una sociabilidad nueva de ese tipo, sobre todo en la segunda mitad del siglo XVIII (sin embargo, sus objetivos no eran explícitamente políticos; resulta bastante revelador que, en el segundo decenio del siglo XIX, las sociedades secretas revolucionarias tuvieran como punto de partida las logias masónicas; volveremos a hablar del tema). La modernidad de ese tipo de sociabilidad consiste, asimismo, en el *acceso igual* de los miembros de un grupo revolucionario al *terreno político*; en este sentido, un grupo de esta clase se anticipa al espacio político democrático (lo cual no excluye distintos niveles de iniciación y de subordinación en el seno del grupo). Por ello no hay que confundir una banda de mercenarios que se han comprometido para derrocar un gobierno con revolucionarios, del mismo modo que no hay que confundir un golpe de Estado, un pronunciamiento, etc., con una revolución. Tampoco son revolucionarios todos los sublevados y rebeldes que pueblan la historia; no actúan en función de un proyecto político global, y su violencia, con formas que a menudo seguían

siendo arcaicas, no tiene por objetivo el cambio radical y global de la sociedad y sus instituciones; una *jacquerie* no es una revolución (aunque a menudo contenga en su seno movimientos de revuelta). Por lo tanto, sólo se denomina *revolucionario* a un Espartaco o a un Pugačëv proyectando sobre el pasado un término y una figura modernos.

Estas distinciones no están dictadas por un espíritu de pedantería. Es evidente que tampoco proponen restringir el uso corriente del término *revolucionario*. Una empresa de ese tipo no sólo sería quimérica, porque, por suerte, la lengua escapa a consignas semejantes; además, privar al término de su plasticidad, de los empleos adquiridos a lo largo de la historia, no haría sino empobrecerlo y privarle de sus múltiples funciones en el discurso político. Como hemos dicho, nuestras intenciones no son distinguir los «verdaderos» revolucionarios de los «falsos», los buenos de los menos buenos. En forma de definición hemos propuesto un *ideal-tipo de revolucionario* cuya función consiste exclusivamente en poner de relieve la diversidad de las manifestaciones históricas de ese actor histórico, así como en situar a unos en relación con los otros.

c) Observemos, por último, que nuestras distinciones nos llevarían a afirmar que la Revolución francesa no fue iniciada ni desencadenada por *revolucionarios*. No pretendemos hacer una paradoja. Sin entrar en el interminable debate sobre los orígenes de la Revolución, queremos subrayar simplemente que los diputados que en junio de 1789 se reúnen en Versalles acuerdan, en principio, *unos proyectos de reforma* y no un *proyecto de revolución*. Se deslizan hacia una revolución por obra y gracia de diversos encadenamientos y desniveles; fue la Revolución la que, una vez puesta en marcha, hizo de una parte de esos diputados otros tantos revolucionarios (de la misma forma que de algunos conservadores hizo con bastante rapidez *contrarrevolucionarios*). Tampoco abriremos otro debate interminable: a quién corresponde, entre Inglaterra, las colonias americanas y Francia, la prioridad de haber inventado la revolución democrática y, con ello, haber hecho que por primera vez aparecieran hombres revolucionarios. Limitémonos a admitir que la gestación de esa figura se fue haciendo a través de esas tres convulsiones históricas. Dicho eso, es a la Revolución francesa a la que hemos de adjudicar el mérito de haber fascinado las imaginaciones a escala hasta entonces inédita, y ello debido a la amplitud de sus cambios, a la universalidad de sus principios y a la energía de sus símbolos. Asimismo es a ella a la que hemos de adjudicar el hecho de haber inventado unos modelos revolucionarios que se impusieron a las imaginaciones como ejemplos a imitar.

Tras estas observaciones preliminares podemos preguntarnos por la herencia de la Revolución, por su legado, de capital importancia para los revolucionarios del siglo XIX.

La Revolución aporta la prueba, sólida e insoslayable, de que era posible la conmovición de un régimen puesto que lo había hecho, y por tanto de que era posible actuar «revolucionariamente» e instaurar una sociedad nueva de la que la República se convirtió en símbolo. Por ello la Revolución se convierte en símbolo de una *voluntad fundadora* capaz de realizar lo imposible si va unida a los *principios universales*. No ofrecía, por tanto, el ejemplo de una revolución, de un acontecimiento histórico entre otros muchos, sino de la revolución, una especie de patrón de alcance general que servía de referencia permanente (la Revolución, por ejemplo, demostró, contrariamente a las certidumbres de su siglo, que la república, como forma de gobierno, también conviene a los grandes Estados modernos y no sólo a las pequeñas ciudades). Paradójicamente, la fuerza de esa representación derivaba también de un hecho: de ser imagen de una *revolución rota en su impulso inicial, incluso traicionada*. Ciertamente el momento de la «dislocación» o de la «traición» se situaba en momentos distintos, según las orientaciones políticas: para unos era el Terror y el martirio de los girondinos; para otros era Termidor y la reacción que le siguió; para otros, por último, el golpe fatal le vino dado por el 18 Brumario. Sea lo que fuere de tales divergencias, lo esencial era lo que todas tenían en común: la Revolución no cumplió sus promesas porque, brutalmente interrumpida, no fue llevada hasta su final. Por lo tanto había que rehacerla o completarla. De este modo la Revolución vehiculaba las imágenes de sus mártires, de aquellos que sacrificaron por ella sus jóvenes vidas y a quienes la muerte sublimaba. De este modo llamaba a reanudar su obra inacabada, a realizar las esperanzas de toda la humanidad. La sublimación del revolucionario, de sus actos y de su final, contribuía también a purificar la violencia revolucionaria, a exorcizar los recuerdos del Terror, a apartar la contaminación de la imagen del revolucionario por la del terrorista.

De este modo, la Revolución lega a la imaginación social una *memoria* y una *promesa*, un *mito* y una *utopía*, un lenguaje simbólico y una *escatología*; en resumen, una *religión*, por utilizar el término que, desde Michelet y Herzen, los revolucionarios sentían como suyo. De ahí el efecto mimético propio de los revolucionarios, al menos hasta 1848, sobre el que tendremos que volver. Es, en primer lugar, la imitación de las figuras heroicas, de las que la Revolución ofrecía toda una galería: los Vergniaud y los Danton, los Robespierre y los Saint-Just, los ejecutados y los suicidas, las mujeres subiendo al cadalso. La política aparecía como un inmenso teatro histórico don-

de se representaba el drama sublime de la libertad. Ejemplos individuales, pero también el modelo de ese *hombre nuevo y regenerado*, vehiculado por el discurso revolucionario. El hecho de que no se hubiera materializado jugaba a su favor: se apartaba así de sus orígenes circunstanciales, se elevaba al rango de símbolo y se ofrecía como modelo formador de alcance general. Tal era la representación, por ejemplo, del hombre revolucionario; en una página célebre, Saint-Just lo exaltaba a la vez como sensible y heroico:

Un hombre revolucionario es inflexible. Pero es sensato, es frugal; es sencillo sin hacer ostentación del lujo de la falsa modestia; es el enemigo irreconciliable de toda mentira, de toda indulgencia, de toda afectación. Como su meta es ver el triunfo de la Revolución, no la critica nunca, pero condena a sus enemigos sin mezclarla con ellos; no la ultraja, sino que la esclarece; y, celoso de su pureza, se vigila cuando habla, por respeto a la Revolución; no pretende tanto ser el igual de la autoridad que es la ley, como el igual de los hombres, y sobre todo de los desgraciados. Un hombre revolucionario está lleno de honor; es civilizado sin sosería, por franqueza, y porque está en paz con su propio corazón; cree que la grosería es señal de engaño y de remordimiento, y que oculta la falsía bajo el arrebato. Los aristócratas hablan y actúan con tiranía. El hombre revolucionario es intratable para los malvados, pero es sensible; se siente tan celoso de la gloria de su patria y de la libertad que no hace nada sin pensar; corre al combate, persigue a los culpables y defiende la inocencia ante los tribunales; dice la verdad a fin de que ésta instruya, y no a fin de que ultraje; sabe que mediante la Revolución se afirma él mismo, hay que ser tan bueno como en el pasado se era malvado; su probidad no es delicadeza de espíritu sino cualidad del corazón y una cosa bien entendida. Marat era apacible en su hogar, únicamente asustaba a los traidores. Jean-Jacques Rousseau era revolucionario y sin duda no era insolente; de lo cual concluyo que el hombre revolucionario es un hombre de buen juicio y de probidad. Si hacéis todas estas cosas, os enfrentaréis a los vicios con la verdad, y salvaréis a la patria. No esperéis otra recompensa que la inmortalidad².

En el siglo XIX la retórica revolucionaria quedó reflejada por escritores e historiadores que contribuyeron magistralmente a forjar la leyenda revolucionaria, a presentar la Revolución como una epopeya y a sus actores como héroes cuya altura de miras era igual a la grandeza de su tiempo. Citemos sólo un ejemplo revelador que se sitúa en una encrucijada de la historia de los revolucionarios, a saber, la *Historia de los girondinos*, de Lamartine. Publicado en 1847, el libro gozó de un éxito inmenso y enardeció los ánimos en el instante en que se acercaban los acontecimientos que desembocaron en la revo-

² Saint-Just, *Rapport sur la police générale, la justice, le commerce, la législation, et les crimes de faction*, del 26 de Germinal, año II; in: Saint-Just, *Oeuvres choisies*, París, 1968, pp. 254-255.

lución de 1848. La obra de Lamartine, cuyo impulso poético anima la narración histórica, ofrece el ejemplo perfecto e inimitable del énfasis con que se exaltaba a la Revolución, se glorificaba a Francia y se rememoraba a los revolucionarios. Héroes y mártires del porvenir y obreros de la humanidad, se les rendía un verdadero culto. Tocqueville no amaba a Lamartine y su *Historia de los girondinos* le repugnaba francamente; pero de forma involuntaria, da testimonio de su difusión en sus *Recuerdos*:

Era la época [el inicio de la revolución de 1848] en que todas las imaginaciones estaban pintarrajeadas con los gruesos trazos que Lamartine acababa de difundir en sus *Girondinos*. Los hombres de la primera revolución seguían vivos en todos los espíritus, y sus actos y sus palabras se hallaban presentes en todas las memorias.

Textos románticos como el siguiente son imposibles de resumir, nada puede sustituir a su palabra. He aquí las líneas que narran de forma patética las ejecuciones de los girondinos.

Ésa fue la última hora de estos hombres. Durante toda su breve vida tuvieron las ilusiones de la esperanza; al morir disfrutaron la mayor dicha que Dios reserva a las almas grandes: el martirio que goza de sí mismo y que eleva hasta la santidad de víctima al hombre inmolado por su convicción y por su patria. Juzgarlos sería inútil. Fueron juzgados por su vida y por su muerte. Cometieron tres errores: el primero, no haber tenido audacia de opinión, dudando en proclamar la República antes del 10 de agosto, en la apertura de la Asamblea legislativa; el segundo, haber conspirado contra la constitución de 1791, que ellos habían hecho y jurado, y así haber obligado a la soberanía nacional a actuar como facción, haber prestado su colaboración a la ejecución del rey y haber forzado a la Revolución a emplear medios crueles; el tercero, haber querido gobernar durante la Convención cuando había que combatir. Tuvieron tres virtudes que redimen sobradamente sus faltas a ojos de la posteridad: adoraron la libertad; fundaron la República, esa verdad precoz de los gobiernos futuros; por último, murieron por negarse a derramar la sangre del pueblo. Su tiempo los condenó a muerte. El futuro los juzgará con gloria y perdón. Murieron por no haber querido permitir a la libertad mancillarlos, y en su memoria se grabará esta inscripción que Vergniaud, su voz, había grabado por su propia mano en la pared de su calabozo: *Antes la muerte que el crimen*.

Demos un fragmento más, la conclusión de la obra, un himno a la Revolución, tiempo de grandeza y causa siempre pura, que hay que reconciliar, en la gloria póstuma, con las que en el pasado se combatieron:

Con Robespierre y Saint-Just acaba el gran período de la Revolución. Comienza la segunda raza de revolucionarios. La República pasa de la tragedia

a la intriga, del espiritualismo a la ambición, del fanatismo a la codicia. En el momento en que todo empequeñece, hagamos un alto para contemplar lo que fue tan grande.

La Revolución sólo ha durado cinco años. Esos cinco años son cinco siglos para Francia. Tal vez nunca ha producido un país en esta tierra, en ninguna época, desde la encarnación de la idea cristiana, en un espacio de tiempo tan breve, semejante erupción de ideas, de hombres, de naturalezas, de caracteres, de genios, de talentos, de crímenes y de virtudes como durante esa elaboración convulsiva del futuro social y político, a la que se apela en nombre de Francia... Estamos orgullosos de una raza de hombres a quienes la Providencia ha permitido concebir tales pensamientos, y ser hijos de un siglo que ha impulsado tales movimientos del espíritu humano. ¡Se glorifica a Francia por su inteligencia, por su papel, por su alma, por su sangre! Las cabezas de estos hombres caen una tras otra, unas justamente, otras injustamente; pero todas caen en la tarea. Se acusa o se absuelve. Se llora o se maldice. Los individuos son inocentes o culpables, conmovedores o audaces, víctimas o verdugos. La acción es grande y la idea planea por encima de sus instrumentos como la causa siempre pura planea sobre los horrores del campo de batalla. Después de cinco años la Revolución no es otra cosa que un vasto cementerio. Sobre la tumba de cada una de sus víctimas está escrita una palabra que la caracteriza. En una, *filosofía*. En otra, *elocuencia*. En ésta, *genio*. En aquélla, *valor*. Aquí, *crimen*. Allá, *virtud*. Pero en todas está escrito: *Muerto por el futuro y Obrero de la humanidad*³.

Mito y memoria que cobraban más importancia sobre todo porque la «primera raza de revolucionarios» no pasó la antorcha directamente a los jóvenes revolucionarios del siglo XIX. Es cierto que pueden encontrarse supervivientes de la Convención en la oposición liberal durante la Restauración, como por ejemplo Daunou o Grégoire. Por contra, entre los jóvenes conspiradores de la época de la Restauración, que sin embargo buscaban antepasados, apenas encontramos supervivientes de la Revolución, si dejamos de lado algunas excepciones notables sobre las que volveremos. En este punto resulta particularmente revelador el ejemplo de los regicidas. Como se sabe, en 1816, durante la segunda Restauración, los regicidas que durante los 100 días se unieron a Napoleón se vieron condenados al exilio. Así fueron desterrados más de un centenar de antiguos convencionales⁴. Raros son los países que les ofrecen asilo: Suiza, Estados Unidos, pero sobre todo Bélgica. Por eso son particularmente numerosos en Bruselas, lo más cerca posible de Francia. En 1793 ya era un grupo heteróclito: un solo acto, el voto de la muerte de Luis XVI, había sellado su destino. Veintitrés años más tarde es un grupo com-

³ A. de Lamartine, *Histoire des Girondins*, t. II, París, 1984, pp. 536-537 y 922-923.

⁴ Sergio Luzzato ha dedicado un hermoso libro a los regicidas exiliados: *Il Terrore riveduto. Memoria e tradizione dell'esperienza rivoluzionare*, Génova, 1988.

pletamente roto. Han envejecido juntos, cierto: en su mayoría frisa en los sesenta años, y para la época son unos ancianos. Sin embargo, sus biografías apenas los aproximan; al contrario, enfrentan a unos con otros porque sus destinos divergen totalmente. Verdad es que, cuando se encuentran, se tutean: no es ésa sin embargo una señal de sociabilidad que ha pervivido sino una especie de fósil, el vestigio de una costumbre adquirida durante el Terror. ¿Qué queda de común entre un Cambacères y un Levasseur, dos regicidas desterrados que se encuentran en Bruselas? El primero hizo su carrera sobre todo después de Termidor; a raíz del 18 Brumario fue nombrado segundo cónsul; aconsejó y sirvió fielmente a Napoleón, que no dejó de recompensarle colmándolo de honores: archicanciller del Imperio, gran cordón de la Legión de Honor, duque de Parma, presidente del Consejo de Estado y miembro del consejo privado del Emperador. Llegó a Bruselas riquísimo, con sus criados, su carroza y sus servicios de baño, que le volvían loco (entre los exiliados corrían anécdotas sobre el desconcierto de sus criados, que no llegaban a comprender por qué su excelencia se dignaba tolerar visitas de pobres diablos, mal vestidos, que apestaban a indignancia y que, además, le daban grandes palmadas en la espalda y lo tuteaban). Levasseur era jacobino y montañés, representante titular en varios departamentos donde organizó el Terror; después del 9 Termidor, se opuso a la represión antiterrorista; detenido tras la intentona de insurrección popular de Germinal del año III, y liberado un año más tarde, no prestó su adhesión al Consulado ni al Imperio, y regresó a Le Mans para ejercer su profesión de cirujano-comadrón; desterrado, vivió en Bruselas en la miseria y sólo la revolución de Julio le permitió volver a Francia.

Los regicidas desterrados se veían enfrentados constantemente a su pasado. Incluso aunque habían querido olvidarlo, su exilio mismo se encargaba de recordárselo. En la época de la Restauración se les hacía llevar como una mancilla el recuerdo de su voto funesto. Sin embargo, encarnaban la memoria viva de la Revolución. En los cafés de Bruselas recordaban una y otra vez los días que habían vivido juntos y muchos de ellos redactaban memorias, notas explicativas, testamentos ideológicos, etc. Unos resucitaban sus antiguas discrepancias y disputas en las que seguían reconociéndose: girondinos, robespierristas, dantonistas, etc. Otros, dejando a un lado esas discrepancias, volvían a encontrar el sentimiento común de haber pertenecido a la Convención y de haber vivido una época excepcional. No envejecían ni morían como revolucionarios; eran revolucionarios que habían envejecido mal, cansados y amargados, cuya mirada se volvía hacia el pasado. Su muerte ordinaria contrastaba de forma singular con la muerte heroica y sublime sobre el cadalso de la «primera raza de revolucionarios» admirada por Lamartine.

Fue Victor Hugo quien convirtió en un símbolo de la muerte prosaica de un antiguo convencional y quien la hizo en patética. En *Los miserables*, el obispo Myriel acude a visitar al convencional G. que está muriéndose en una choza, donde vive en la miseria, abandonado por todos. Enseguida queda impresionado por la grandeza de alma de aquel anciano que, sintiendo la cercanía de su final, permanece fiel a la Revolución y a la República por las que había combatido. No votó la muerte de Luis XVI pero reivindica con orgullo haber votado la muerte del tirano:

El hombre tiene un tirano, la ignorancia. Yo voté la muerte de ese tirano. Esa tiranía engendró la realeza que es la autoridad falsificada mientras la ciencia es la autoridad verdadera.... Yo voté el fin del tirano. Es decir, el fin de la prostitución para la mujer, el fin de la esclavitud para el hombre, el fin de la noche para el niño. Cuanto voté la república, voté todo eso.

El moribundo es consciente de las vicisitudes de la Revolución, del 93 y del Terror. No las aprueba, pero las acepta, como una especie de fatalidad. Debían llegar inevitablemente, como un rayo que hace estallar una nube, la nube de la opresión del pueblo que ha durado siglos. En su lecho de muerte, el antiguo convencional, iluminado por los rayos del sol poniente, hace manifiesto lo esencial, la dimensión sagrada de la Revolución. Su fe en ella, en esa religión suya, es ardiente e inquebrantable. Muere como un santo y el obispo mismo se inclina ante él.

El derecho tiene sus cóleras y las cóleras del derecho son elementos de progreso. No importa; se diga lo que se diga, la Revolución francesa es el paso más potente del género humano desde el advenimiento de Cristo. Cierto que incompleta, pero sublime. Despejó todas las incógnitas sociales. Suavizó los ánimos, calmó, aplacó, iluminó; hizo correr sobre la tierra las olas de la civilización. Ha sido buena. La Revolución francesa es la consagración de la humanidad⁵.

Sociedades secretas y barricadas

Durante los dieciséis años de la Restauración y los dieciocho de la Monarquía de Julio, los jóvenes nacidos en el último decenio del siglo XVIII o en el primero de la centuria siguiente, y sobre todo los que estaban afiliados a sociedades secretas, todavía podían cruzarse

⁵ V. Hugo, *Les Misérables*, Bibliothèque de la Pléiade, París, 1951, pp. 42-43.

con los supervivientes de la «primera raza de revolucionarios»⁶. Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, esos testigos iban haciéndose cada vez más raros, y de pronto los libros empezaban a desempeñar un papel cada vez más importante en la transmisión de la tradición revolucionaria. Poco a poco, la Revolución deja de ser una tradición viva para convertirse en historia. Su reinención la hace una literatura histórica paulatinamente más considerable que englobaba los recuerdos políticos conflictivos en una época cuyo héroe principal era la Nación. Aunque esa literatura no legitimaba tal o cual tendencia revolucionaria, hacía posible tales legitimaciones. Integraba, sobre todo, el ideal y la acción revolucionarios en la historia, los presentaba como producto de la «fuerza de las cosas» y, por eso mismo, los rehabilitaba. De este modo la revolución se convertía en un «pasado utilizable», sobre todo para enfrentarse a la «dinastía extranjera» y a la tradición de que se valía la Restauración⁷. Las primeras grandes historias de la Revolución, la de Thiers (1823-1828) y la de Mignet (1824), se prestaban desde luego a una lectura de ese tipo. Pero también a otra más radical. Esa «fuerza de las cosas» que hizo inevitable la Revolución, ¿podía dejar de actuar con la vuelta de los Borbones? O bien, analizando meticulosamente el presente, ¿seguían encontrándola activa y, en tal caso, esa vuelta misma no sería otra cosa que una peripecia, un obstáculo que había que eliminar mediante un estallido de la nación humillada? Las memorias y los recuerdos de los actores de la Revolución hacían revivir ese pasado

⁶ Lafayette murió en 1834, a la edad de setenta y siete años; en 1821 participó en la alta venta de la carbonería, contactado por Bazard que en ese momento apenas tenía treinta años. Al esbozar su retrato del convencional G., Victor Hugo dice que «G., sosegado, con el busto casi recto y la voz vibrante, era uno de esos grandes octogenarios que asombran al fisiologista. La revolución tuvo muchos hombres de esos proporcionados a su época» (*Les Misérables*, cap. I, p. 41). G. tiene sesenta años cuando entra en la Convención, edad bastante alta para un convencional, de ahí su avanzada edad a principios de la Restauración. Pero Victor Hugo había conocido efectivamente a esos «grandes octogenarios». A.C. Thibaudeau era el último superviviente de la Convención cuando murió en 1854, a la edad de ochenta y nueve años; y Barère el último superviviente del Comité de salvación pública del año II; en 1841, cuando muere, tiene ochenta y cinco años. Ciertamente su longevidad era excepcional, pero sirven para proporcionar un ejemplo notable de la proximidad, en la experiencia vivida, entre unas generaciones y épocas que, en la óptica de la historia, se presentan como distantes y distintas una de otra, como por ejemplo el Antiguo Régimen y el Segundo Imperio. Ahora bien, Thibaudeau nació durante el reinado de Luis XV en 1765, y fue Napoleón quien le nombró senador vitalicio. Recordemos también que tanto Michelet como Lamartine recurrían a menudo a lo que hoy se denomina «la historia oral»: interrogaban sobre todo a las personas cercanas a los girondinos y montañeses ejecutados. En 1842, en su célebre curso en el Collège de France que fue prohibido, Michelet alentaba a sus alumnos a buscar a su alrededor, por las calles de París, supervivientes del Imperio y de la época napoleónica, y a escucharles atentamente.

⁷ Cfr. las observaciones pertinentes de A.B. Spitzer, «La république souterraine», en F. Furet, M. Ozouf (eds.), *Le siècle de l'avènement républicain*, París, 1993, pp. 345-346.

heroico (entre 1810 y 1830 los convencionales publicaron una quinacena de esas historias, algunas en varios volúmenes). Por eso, estos libros hacían sentir de forma dolorosa el contraste entre las pasiones que animaban a la Nación libre y la triste mediocridad de una existencia vacía de cualquier ideal, en un régimen que no era otra cosa que la revancha de las fuerzas del pasado sobre una Francia que representaba el futuro. Esa literatura también recordaba que la República no era una quimera para Francia. No solamente la había conocido, sino que había elaborado varias fórmulas de República: la de 1792, cierto, pero también la república dictatorial que no zozobró en el Terror. También era importante, como observaba Chateaubriand, que durante la Restauración fueran muchos los que tenían miedo a la bandera tricolor: «Las personas que han visto el 10 de agosto y el 2 de septiembre han permanecido bajo la impresión del Terror»⁸.

En 1929 aparece *La conspiración para la Igualdad llamada de Babeuf*, obra de Philippe Buonarroti, especialmente importante para la formación de los revolucionarios. Su difusión se debió al libro mismo y a la personalidad de su autor. No entraremos en detalles, pero nos quedaremos con algunos temas conductores de la obra. Recordaba ante todo a Babeuf y a sus compañeros, y exponía por primera vez su programa y la historia de su conjuración en 1795-96 (el propio Buonarroti era el alma de la conjura), y así los hacía entrar en la leyenda revolucionaria. Sin embargo, no era sólo un libro sobre el pasado. El programa de los Iguales se presentaba como un documento histórico y al mismo tiempo como un proyecto de sociedad que seguía siendo válido en sus grandes líneas y principios. Era, ante todo, la *comunidad de bienes*, y por lo tanto la supresión de la propiedad privada, medidas consideradas esenciales para el establecimiento de la «real igualdad», de la justicia social y de la soberanía efectiva del pueblo. El proyecto de esa ciudad colectivista se presentaba además de forma extensa, con gran lujo de detalles, al estilo de un relato utópico. Según ese proyecto, la conspiración de Babeuf habría fusionado en una sola y misma exigencia la República y las ideas comunistas, o, por decirlo en otros términos, habría hecho de las ideas comunistas el contenido social de la República. Buonarroti rehabilitaba del mismo modo la herencia robespierrista: defendía la dictadura montañesa y su obra; denunciaba, por el contrario, el 9 Termidor, un complot contrarrevolucionario que traicionó y rompió la Revolución. Empalmaba abiertamente con el Terror como sistema de poder. La «santa Igualdad» exigía, como etapa provisional, poner en

⁸ Chateaubriand, *Mémoires d'outre-tombe*, París, 1973, t. III, p. 163.

práctica una dictadura revolucionaria y recurrir a los métodos sobradamente experimentados del Terror: arresto de los miembros del gobierno, represiones masivas para contener a los contrarrevolucionarios y a los «sospechosos», la vuelta a su tarea del antiguo personal terrorista, perseguido por la reacción. De este modo, el libro presentaba la conjuración misma, sus estructuras, su organización, sus reglas de conspiración. La conjura se proponía derribar por la fuerza el poder del Directorio e instalar un nuevo poder. La preparación debía hacerla, en el mayor de los secretos, una organización de estructura piramidal: en la cima, un directorio de salvación pública que centralizaría las informaciones, las iniciativas y las decisiones; a ese directorio estarían subordinados directamente agentes revolucionarios nombrados por él; en los distritos parisinos y en ciertas agrupaciones militares esos agentes debían elegir hombres seguros y prepararlos para la acción. A una señal procedente de arriba, toda esa máquina debía ponerse en movimiento de acuerdo con un plan elaborado por el Directorio, y desencadenar una «jornada revolucionaria» a la que el pueblo, arrastrado por la propaganda, por los carteles, etc., debería sumarse, asegurándose así la victoria. La garantía de la eficacia y del éxito era el secreto absoluto; la organización jerárquica debía contribuir a ese secreto, porque sólo un número limitadísimo de conjurados conocía al Directorio, que cambiaba constantemente de lugar de reunión. Los miembros de los diversos grupos no se conocían entre sí, los nombres y los mensajes debían estar en clave. Verdad es que la conjura fracasó; pero, según Buonarroti, la razón de ese fracaso había sido un error simple, la infiltración de la policía entre los conjurados gracias a un traidor que la había vendido. Dicho en otros términos: en su mano tenían todos los ingredientes del éxito: los cuadros, la organización bien engrasada, etc. El pueblo sólo habría tenido que esperar la señal para seguir a los insurgentes. El libro de Buonarroti pretendía ser, por tanto, el manual de la perfecta conspiración y de la implantación de una sociedad secreta revolucionaria. Además, el lector tenía la impresión anticipada de formar parte de ella desde el momento en que leía el libro: en efecto, Buonarroti indicaba sólo mediante criptogramas los nombres de ciertos dirigentes de la conspiración por la Igualdad, so pretexto de que seguían estando vivos y de que la revelación de sus nombres podría perjudicarles, incluso echar abajo la conspiración (preocupación perfectamente inútil por lo demás, dado que los criptogramas eran bastante fáciles de descifrar y la policía conocía perfectamente los nombres de aquellos conspiradores de hacía treinta años...).

La obra era más importante, sobre todo, porque su autor no sólo

era un veterano de la conjuración por la Igualdad. Cuando apareció su libro, Buonarroti gozaba de un enorme prestigio entre los revolucionarios franceses e italianos; estaba considerado como un mentor, como un maestro en conspiraciones, y, efectivamente, eran pocas las conspiraciones en las que no hubiera participado, directa o indirectamente. Viniendo de Buonarroti, el libro no versaba únicamente sobre el pasado sino que se volvía hacia el futuro y lanzaba un llamamiento a la acción. Llamamiento más insistente debido, sobre todo, al momento de su publicación: después de su fracaso, los carbonarios estaban en ese instante en la cresta de la ola. *La conjuración por la Igualdad* hacía revivir los antiguos combates y movilizaba energías para luchas nuevas. Desde luego, Buonarroti no podría preverlo, pero pocos meses más tarde estalló la Revolución de Julio. La obra alcanzó gran éxito: varias ediciones, cuya tirada alcanzaría los treinta mil ejemplares (número declarado en la época y poco verosímil, pero, en ese tiempo, hasta la mitad habría sido un gran éxito). En 1836 la obra se tradujo a inglés, y en 1844 el proyecto de traducción alemana fue lanzado por un joven filósofo alemán, el doctor Karl Marx.

«La carrera de conspirador es la más difícil pero la más meritoria de todas, y hay que pensárselo mucho antes de ingresar en ella», decía Buonarroti a los aprendices de revolucionarios que acudían a su casa en busca de consejo. En la Europa de la Santa Alianza, recurrir a las conspiraciones y a las sociedades secretas era, en cierto modo, fatal. La ausencia de espacio democrático, las restricciones de la libertad de prensa y de expresión, la desconfianza respecto a cualquier asociación política, el miedo ante las ideas liberales, y todos aquellos regímenes monárquicos, cargados de sospechas y autoritarios, empujaban a sus opositores hacia las actividades clandestinas. Dicho esto, una vez puestas en marcha, las sociedades secretas se desarrollan y se suceden cultivando su propia tradición. Buonarroti, un orfebre en la materia, puso de relieve sus particularidades cuando afirmó que una «sociedad secreta es democrática en sus principios y objetivos, pero sus formas y su organización no pueden ser las de la democracia».

En los años 1815-48, las sociedades secretas constituyen en Europa un fenómeno internacional; las encontramos en Francia y en los Estados italianos, en Rusia y en los Estados alemanes, en Austria y en Polonia. No se trata de abordar aquí su historia, sinuosa y compleja. Limitémonos a recordar algunas informaciones sucintas y a plantar algunos jalones cronológicos.

Los años veinte del siglo XIX están marcados, en Francia y en Italia, por las actividades de los *carbonari* (también emplearemos el término italianizante de carbonarismo). En el sur y en el norte de Italia

los *carbonari* formaban la sociedad secreta más importante, con una organización jerarquizada que se inspira en la francmasonería (el carbón simbolizaba el ardor con que los *carbonari* estaban decididos a mantener la llama de la libertad; entre ellos se daban el nombre de «buenos primos»). Un sistema de signos les permitía reconocerse y comunicarse y, por ello, les prestaba una identidad. Tras la fuga de Murat y el regreso de los monarcas al trono de las Dos Sicilias, los *carbonari* se convirtieron en un movimiento liberal que tenía por objetivo expulsar a los austriacos, protectores de las monarquías autoritarias, y establecer un régimen constitucional. En 1820, los *carbonari* desencadenaron una revolución que, apoyada por una parte del ejército, se extendió rápidamente a todo el reino. El rey Fernando I se vio obligado a otorgar una constitución y las tropas rebeldes se apoderaron de Nápoles. No duró mucho tiempo la victoria de los revolucionarios; después de muchas tergiversaciones, Austria, hostil desde el principio a la revolución y a las reformas liberales, decidió, con el aval del rey, que intervinieran sus tropas. La revolución fue aplastada; Nápoles cayó el 23 de marzo de 1821; fue durísima la represión subsiguiente: ejecuciones, encarcelamientos, y muchos conspiradores se vieron obligados a exiliarse. Tras este fracaso, los restos de la carbonería italiana proseguían realizando algunas actividades, sobre todo en los Estados de la Iglesia; en 1821, el papa Pío VII excomulgó a los *carbonari* y a cuantos colaborasen con ellos.

Fueron dos jóvenes francmasones quienes importaron a Francia el carbonarismo, Joubert y Dugied, ya implicados en la oposición a la Restauración; fueron a combatir a Italia y allí se afiliaron a la organización secreta (por otro lado, no debe excluirse que no hayan hecho otra cosa que devolver a Francia el ritual y la organización de la carbonería: en efecto, es posible que a principios del siglo XIX existiese en el Franco Condado una primera carbonería, y que fueran franceses quienes entonces la llevaron al sur de Italia...). En marzo de 1821 se celebraron las primeras reuniones en París (Buche y Bazard desempeñaron un importante papel en ellas); la carbonería, utilizando con ciertas modificaciones el modelo italiano, logra enseguida un gran éxito. Recluta a sus miembros entre los estudiantes y entre los antiguos oficiales del ejército imperial; también consigue implantarse en unidades del ejército activo. Toda una red de *carbonari* se extiende, partiendo de París, a distintas ciudades. Para prestigiar la conspiración, los fundadores buscan apoyos entre la oposición liberal y consiguen la adhesión de distintas personalidades (entre otros, Lafayette y su hijo, Voyer d'Argenson y Manuel, diputados; el industrial alsaciano Koechlin). En diciembre de 1821 y febrero de 1822, los carbonarios intentan desencadenar insurrecciones armadas (so-

bre todo en Belfort y en Saumur) que se saldan con fracasos. La represión fue muy dura: el proceso y la ejecución pública de los «cuatro sargentos de La Rochelle» gozó de gran eco; ya volveremos sobre ese punto. Nunca se repuso la carbonería de ese fracaso; muchos de sus miembros se orientaron hacia otras formas de actividad pública, especialmente hacia el saint-simonismo, del que Bazard se convirtió en figura señera.

Mencionemos también, de manera sucinta, las sociedades secretas rusas, los *decabristas*, cuya actividad acabó en un intento de revuelta militar el 26 de diciembre de 1825 (el 14 de diciembre, según el viejo calendario). Tras la victoria sobre Napoleón, oficiales rusos impregnados de las ideas liberales formaron, a partir de 1816 y sobre la base de las logias de los francmasones, sociedades secretas que se sucedieron hasta 1825 (la Unión de Salvación, la Sociedad de Fieles Hijos de la Patria, la Sociedad del Sur y la Sociedad del Norte), y que por lo demás no tenían contacto alguno con sociedades secretas de Francia o de Italia. Durante muchos años se discutieron en esas sociedades secretas proyectos de reformas políticas y sociales, sobre todo el establecimiento de un régimen constitucional, llegando incluso a considerar una acción armada. Tras la muerte súbita de Alejandro I, los conjurados deciden sublevar a una parte de las tropas de San Petersburgo; agrupados en la plaza del Senado de San Petersburgo, e instigados por sus oficiales, se negaron a prestar juramento al nuevo zar, Nicolás I. La revuelta fue reprimida por la artillería; más de doscientos soldados fueron ejecutados (no estaban al corriente de los proyectos de los conspiradores y sólo se habían limitado a obedecer a sus oficiales). Un tribunal condenó a cinco jefes de la conspiración: Pestel, Ryleev, Muraviov-Apostol, Bestujev y Kajovskí, a ser descuartizados: el zar conmutó esa pena por otra más civilizada: fueron ahorcados el 25 de julio de 1826. Unos trescientos conspiradores se vieron condenados a la deportación, a trabajos forzados, a varios años de cárcel, etc.

Al abrir cierto espacio de libertad, la Revolución de Julio de 1830 hacía inútil la existencia de sociedades secretas, aunque sólo fuera de forma momentánea. Asistimos entonces a la proliferación de sociedades y clubs políticos autorizados, por ejemplo la Sociedad del Orden y del Progreso, la Sociedad de Condenados Políticos, la Sociedad de Francos Regenerados, etc. El 30 de julio nace en París la más importante de todas, la Sociedad de Amigos del Pueblo, abiertamente republicana (entre sus fundadores se encuentran antiguos *carbonari* como Buchez, Blanqui y Trélat), y cuyas reuniones públicas congregan hasta mil personas. Después de su prohibición, en diciembre de 1832, se deja sentir la necesidad de una sociedad que reanude sus actividades pero de manera más secreta; en abril de 1833 su

formación está más o menos acabada. Toma el nombre de «Sociedad de Derechos del Hombre y del Ciudadano», y se inspira en el modelo jacobino: una sociedad madre en París, que llega a contar con tres mil miembros, y numerosas sociedades afiliadas en los departamentos, especialmente una importante sociedad en Lyon. Las exequias públicas del general Lamarque, que se distinguió durante las guerras de la Revolución y del Imperio y era, desde 1828, uno de los jefes de la oposición republicana, dieron ocasión, el 5 y el 6 de junio de 1832, a la primera insurrección republicana bajo la Monarquía de Julio. Los miembros de los Amigos del Pueblo desempeñaron un importante papel en las batallas callejeras y en las barricadas. Tras una resistencia valerosa bajo fuego de artillería, la insurrección fue aplastada. En abril de 1834, la Sociedad de Derechos del Hombre organizó una nueva insurrección, primero en Lyon (del 9 al 12 de abril) y luego en París (el 13 de abril), brutalmente reprimida por el ejército.

Pocos meses después de esa derrota, sobre los restos de la Sociedad de Derechos del Hombre, se funda la Sociedad de las Familias, cuyas piezas clave fueron Barbès y Blanqui. Pese a sus rigurosísimas normas de conspiración y a una eficiente organización, las «familias» fueron descubiertas y desmanteladas por la policía (en marzo de 1836), antes incluso de que la Sociedad hubiera terminado los preparativos de una acción armada. De los restos de las «Familias» nació, finalmente, la Sociedad de las Estaciones, cuya alma era de nuevo Blanqui. Tras preparativos meticulosos y un intenso entrenamiento, los miembros de las «Estaciones» desencadenaron el 12 de mayo de 1839 la última insurrección republicana bajo la Monarquía de Julio. Fracasó, sus jefes fueron detenidos y condenados a largas penas de cárcel. Sin embargo, la Sociedad se rehízo y prosiguió algunas actividades, sobre todo la de propaganda, hasta la Revolución de 1848.

Aunque sólo sea un recuerdo histórico, demasiado esquemático y sumario, desde luego, examinaremos con más detalle las actividades y el funcionamiento de estas sociedades. Antes de seguir adelante hemos de mencionar un fenómeno importante en la historia de los revolucionarios, a saber: la internacionalización de las sociedades secretas. Se traduce sobre todo en la fundación, en 1834, de la Joven Europa, por un grupo de exiliados políticos en Suiza y a iniciativa de Mazzini. Afiliado a los carbonari, detenido y encarcelado, Mazzini fue expulsado a Francia. Sacando las consecuencias del fracaso del carbonarismo, en 1831 funda una nueva organización, la Joven Italia, que tenía por meta una Italia libre, unificada y republicana. La nueva organización aprovechó las posibilidades de acción que le ofrecían los países de régimen más o menos liberal: la Francia poste-

rior a la Revolución de Julio, Suiza e Inglaterra. Así, Mazzini funda una revista que llevaba el mismo nombre de Joven Italia, editada en el extranjero y distribuida ilegalmente en Italia. Sobre los restos del carbonarismo forma en Italia toda una red de adeptos a su organización. La sociedad sigue siendo secreta, pero el ceremonial y los ritos por los que tanto apego sentían los carbonari se simplificaron: los activistas se concentraban en la preparación de la insurrección armada. El centro de todas estas iniciativas se hallaba en el extranjero; sin embargo, varias intentonas, que se sucedieron entre 1834 y 1848, se saldaron con fracasos. Como hemos dicho, en 1834 Mazzini funda la Joven Europa, que agrupaba a proscritos polacos, alemanes y griegos, así como suizos. La idea era constituir «una asociación de oprimidos contra los opresores, sin importar el país al que pertenezcan», una coalición de sociedades nacionales, llamadas respectivamente Joven Polonia, Joven Alemania, etc., que simbolizaría una especie de Santa Alianza de los pueblos oprimidos. Ciertamente que considerar que algunos proscritos demócratas, reunidos por el azar del exilio, representaban otra cosa que a ellos mismos y sus esperanzas en el futuro de sus pueblos era una automistificación. Las posibilidades de acción de tales grupos resultaban muy limitadas. No obstante, la idea misma de una causa común de naciones oprimidas y de solidaridad entre revolucionarios tendrá larga vida. La emigración polaca que, tras el fracaso de la insurrección de 1830, encontró asilo, en Francia sobre todo, pero también en Bélgica, en Suiza y en Inglaterra, y constituyó un auténtico vivero de cuadros para los movimientos revolucionarios de toda Europa: en todas las barricadas encontramos polacos.

Ahora podemos seguir con nuestra pregunta inicial: ¿cómo es uno revolucionario en esa época de sociedades secretas? Hemos dicho que ser revolucionario es una experiencia colectiva que se hace con unos y contra otros. Ahora bien, era en las sociedades secretas, a pesar de sus fracasos acumulados, donde se hacían el aprendizaje y la reproducción de los revolucionarios. Sus formas de actividad, sus discursos y sus representaciones y prácticas simbólicas proporcionan los elementos de respuesta a la pregunta: ¿qué hacen los revolucionarios o, dicho de otro modo, qué es lo que hace un revolucionario, cómo se vuelve uno revolucionario? Nos gustaría encontrar los elementos de la respuesta escrutando las sociedades secretas francesas que acabamos de mencionar. No se trata tanto de caracterizar tal o cual sociedad como de deducir de ellas una especie de biografía colectiva de los revolucionarios. Por eso examinaremos sucesivamente: la iniciación; la conspiración, sus reglas y estructuras; el reclutamiento y las motivaciones ideológicas, y la memoria colectiva y el culto a los mártires.

cultura política + reproducción simbólica.

Como hemos dicho, en el punto de partida de las sociedades secretas se encuentra a menudo el modelo de la logia masónica. Así, a los jóvenes que en 1820 pretendían reunir a los opositores de la Restauración, «las formas masónicas, con sus misterios y sus condiciones de admisión, con unos estatutos que podían modificarse, les parecieron satisfactorias; y se fundó la logia de los Amigos de la Verdad». Las formas de admisión diferían desde el principio de las prácticas tradicionales de la masonería. «Se dejaban atrás las fórmulas obsoletas: ¿qué se debe a Dios? y ¿qué es el honor? Se preguntaba ante todo: ¿qué debe uno a su patria»⁹. Sin embargo pronto se vio que una logia no aseguraba de modo suficiente el secreto y su estructura no respondía a las necesidades de acción colectiva: de ahí la fundación, sobre la base de la logia, de la carbonería. Los ritos de iniciación varían de una *venta* de *carbonari* a otra. En ciertos casos adoptaban una forma solemne, inspirada en la masonería. El nuevo adepto, con los ojos vendados y rodeado por los «buenos primos» que llevaban el puñal en la mano, prestaba juramento: «Juro por el honor y sobre este acero vengador guardar todos los secretos de la X y ocultar su existencia, asociar mis esfuerzos a los de los amigos de mi patria para devolverle el ejercicio de sus derechos y ponerla en condiciones de elegir un gobierno fundado en los principios de la soberanía del pueblo». Después del juramento se le quitaba la venda y entonces veía a sus compañeros, quienes a su vez juraban ayudarlo si respetaba los estatutos y castigarle en caso de traición. A menudo este ritual era más simple, y prescindían de los accesorios francmasones como la venda, los puñales, etc. El adepto se comprometía a guardar el secreto más estricto sobre la asociación y sus actos, a proveerse de un fusil y de veinticinco cartuchos, a pagar al mes la cuota de un franco y, finalmente, a estar dispuesto a obedecer las órdenes derivadas de la *alta venta*, instancia suprema de los *carbonari*. También juraban que no pertenecían a ninguna otra organización ni logia.

Después de la Revolución de Julio, durante el breve período de la existencia legal de los clubs y las sociedades populares, la admisión en la Sociedad de Amigos del Pueblo se realizaba sin ninguna fórmula misteriosa: se obtenía mediante recomendación de otros miembros o por notoriedad, y consistía en una declaración de patriotismo y de adhesión a los estatutos. El regreso a la conspiración hará que también vuelva una iniciación solemne y un ritual sofisticado. La So-

⁹ *Paris révolutionnaire*, París, 1849, pp. 268-269 (artículo de B. Pance, «Les étudiants sous la Restauration»). Notable recopilación de artículos y de testimonios, sobre todo de antiguos *carbonari*, entre ellos el de Ulyse Trélat, uno de los fundadores de la carbonería.

iedad de las Familias ofrece de ello un ejemplo bastante extraordinario. El postulante debía ser mayor, «gozar de buena reputación, tener buena conducta, justificar sus medios de existencia, estar dotado de la mayor discreción». Si los resultados de esa investigación previa eran positivos, el postulante podía ser iniciado. El societario que le había recomendado le llevaba entonces, con los ojos vendados, a un lugar desconocido. Ante un tribunal formado por tres personas, el candidato prestaba juramento de guardar el secreto más profundo sobre lo que iba a ocurrir. Luego se le sometía a un examen durante el cual debía responder a las preguntas que seguían el formulario establecido por la Sociedad, una especie de catecismo político-social.

1.º ¿Qué piensas del gobierno actual?

—Que traiciona al pueblo y al país.

2.º ¿En qué interés funciona?

—En interés de un pequeño número de privilegiados.

3.º ¿Quiénes son hoy los aristócratas?

—Son los hombres de dinero, los banqueros, proveedores, monopolistas, grandes terratenientes, agiotistas; en una palabra, los explotadores que engordan a expensas del pueblo.

4.º ¿En virtud de qué derecho gobiernan?

—En virtud de la fuerza.

5.º ¿Cuál es el vicio dominante de la sociedad?

—El egoísmo.

6.º ¿Qué ocupa el lugar del honor, de la probidad y de la virtud?

—El dinero.

7.º ¿Quién es el hombre estimado en sociedad?

—El rico y el poderoso.

8.º ¿Quién es el perseguido, el despreciado, el fuera de la ley?

—El pobre y el débil.

9.º ¿Qué piensas del derecho de arbitrio, y de los impuestos sobre la sal y las bebidas?

—Son impuestos odiosos, destinados a estrujar al pueblo perdonando a los ricos.

10. ¿Qué es el pueblo?

—El pueblo es el conjunto de los ciudadanos que trabajan. ←

11. ¿Cómo lo tratan las leyes?

—Lo tratan como esclavo.

12. ¿Cuál es la suerte de los proletarios bajo el gobierno de los ricos?

—La suerte del proletario es semejante a la del siervo y a la del negro, su vida no es más que un largo tapiz de miserias, fatigas y sufrimientos.

13. ¿Cuál es el principio que debe servir de base a una sociedad regular?

—La igualdad.

14. ¿Cuáles deben ser los derechos del ciudadano en un país bien regulado?

—El derecho de existencia, el derecho de instrucción gratuita, el derecho

de participación en el gobierno; sus deberes son la abnegación hacia la sociedad y la fraternidad hacia sus ciudadanos.

15. ¿Hay que hacer una revolución política o social?

—Hay que hacer una revolución social.

Acto seguido se informaba al candidato de los objetos de la Sociedad y se le preguntaba de forma especial si era consciente de los riesgos que asumía y de los peligros que corría:

Más tarde, cuando llegue la hora, tomaremos las armas para derrocar un gobierno traidor a la patria. ¿Estarás con nosotros ese día? ¿Sientes en ti fuerza para arrostrar el peligro? Piénsalo bien, es una empresa peligrosa. Cuando suene la señal del combate, ¿estás resuelto a morir con las armas en la mano por la causa de la humanidad?

Tras sus respuestas afirmativas, el candidato prestaba por último juramento:

Juro no revelar a nadie, ni siquiera a mis parientes más próximos, lo que se diga o se haga entre nosotros; juro obedecer las leyes de la asociación, de perseguir con mi odio y mi venganza a los traidores que se infiltran en nuestras filas, amar y socorrer a mis hermanos y sacrificar mi vida y mi libertad por el triunfo de nuestra santa causa.

No es seguro que se aplicase de forma efectiva a todos los postulantes este sofisticado ritual; es posible que se haya elaborado de forma progresiva, a medida que la Sociedad evolucionaba. Dicho esto, el ritual ofrece un testimonio extraordinario no sólo de la ideología y de la orientación política de las «Familias» sino también, e incluso sobre todo, del espíritu revolucionario, de esa manera de ser revolucionario que reunía los misterios románticos de la conspiración y la búsqueda de la eficacia, la instrucción política y el entusiasmo, el sacrificio individual y la exigencia de justicia social, la afirmación de la libertad y el rigor de la disciplina y de la obediencia a los jefes.

Conspirar era una actividad esencial de la sociedad secreta en su conjunto, así como de cada uno de sus miembros. Actividad peligrosa y muy absorbente, aunque sólo fuera por las precauciones que había que adoptar para alcanzar la seguridad de las reuniones, de los códigos de comunicación que había que respetar, de los escondites que había que encontrar para las armas, del entrenamiento que tenían que sufrir todos sus miembros. Actividad tanto más difícil cuanto que está regida por objetivos contradictorios. Asegurar la fuerza de la asociación supone aumentar el número de sus miembros; la intensificación de su actividad entraña relaciones más fre-

cuentes; unos efectivos mayores y la elaboración de proyectos concretos de acción directa exigen un minimum de archivos, de diagramas, de planos de calles, etc. Pero cuanto más numerosos son, peor se guarda el secreto; cuanto más frecuentes se vuelven las reuniones, más altos son los riesgos de hacerse notar por la policía; cuanto más numerosos son los escalones intermedios entre la base y el centro dirigente, menos eficaz y transparente es el conjunto; cuanto más completa es la información, mayor es también el peligro de comprometer toda la empresa en caso de que la documentación caiga en manos de la policía. Añadamos que conspirar también es acumular fracasos, superar el desánimo, volver a sentar las bases de una organización nueva sobre los restos de la antigua, desmantelada por la policía; buscar prosélitos, asegurarse de ellos, desconfiar de los chivatos y de los provocadores, etc.

El esquema de organización, tomado de los *carbonari* italianos y adaptado a las condiciones francesas, parecía responder del mejor modo posible a esas exigencias y molestias. En efecto, se basaba en tres principios: células de base, aisladas unas de otras; instancias intermedias, estructuradas de modo jerárquico y menos numerosas cada vez; un comité director en la cima de la pirámide para centralizar las decisiones. Así, los estatutos de la carbonería preveían tres tipos de ventas subordinadas unas a otras: las *ventas particulares*, las *ventas centrales* y la *alta venta*. Cada reunión de veinte *carbonari* formaba una venta particular que elegía un presidente, un censor y un diputado. Cuando en la misma ciudad o en el mismo departamento el número de ventas particulares se elevaba a veinte, sus veinte diputados se reunían a su vez y formaban una venta central; por último, los diputados de las ventas centrales nombraban la alta venta y eran los únicos que mantenían relación con ella. De este modo, la carbonería debía asegurar la elección de sus instancias, de abajo hasta arriba. La práctica impuso el principio inverso: los fundadores, que eran los únicos miembros de la futura asociación, empezaron proclamándose alta venta; luego, cada uno de ellos reunió a unos cuantos jóvenes a los que constituyó en venta central y, a su vez, cada uno de los miembros de ésta se esforzó por formar una venta particular, designándose a sí mismo como su diputado. Como hemos dicho, los fundadores cooptaron para la alta venta a personalidades de la oposición liberal legal, que, además, sólo participaban esporádicamente en las reuniones.

La Sociedad de Derechos del Hombre adoptó un esquema análogo, pero haciéndolo más flexible. En París, la ciudad estaba dividida en tres secciones, cada una de las cuales contaba con diez miembros como mínimo y con veinte como máximo, distribuidos por distritos o por barrios; cada una de ellas estaba dirigida por un jefe, un subje-

fe y tres quinturiones; cada distrito estaba dirigido por un comisario, y todo quedaba rematado por un comité central de once miembros (Godefroy Cavaignac fue elegido su presidente). Cada sección llevaba un nombre, como el Porvenir, la Democracia, la Unidad, etc. La mayor parte de las asociaciones de provincia adoptaron una estructura análoga. Cada una conservaba cierta autonomía, pero todas recibían un impulso regular de la sociedad madre, como en el modelo jacobino; además, la sociedad de Lyon era tan potente por lo menos como la de París. Las Sociedades de Familias y de las Estaciones, marcadas ambas por la fuerte personalidad de Blanqui, adoptaron estructuras más rígidas, casi militares. En las «Familias», el núcleo era una *familia* que contaba entre cinco y doce miembros, y que se reunía bajo la dirección de un jefe nombrado por el centro; cinco o seis familias formaban una *sección*, mandada por un jefe de sección; dos o tres secciones formaban un *barrio*, con un comandante de barrio al frente. A su vez, los jefes de barrio dependían de un agente revolucionario que era miembro del *comité* que encabezaba la Sociedad (por otro lado, esa estructura se parecía mucho a la organización adoptada por los Iguales en 1796, ampliamente descrita por Buonarroti en su libro). La Sociedad existía sólo en París y sus actividades estaban subordinadas a la preparación de una insurrección en la capital. Al entrar en la asociación, se exigía que cada miembro aportase una cantidad de pólvora proporcionada a su fortuna; el comité era secreto, desconocido para los miembros de la Sociedad; sólo debía aparecer en el momento de la insurrección, durante la cual los miembros debían obedecer a su jefe, respetando todos el rigor de una disciplina militar. Además les estaba expresamente prohibido bajar a la plaza pública si el Comité no se ponía al frente de la asociación. La Sociedad de las Estaciones reproduce los mismos principios. La célula de base, formada por seis miembros, bajo las órdenes de un séptimo, llamado *domingo*, formaba una *semana*; cuatro semanas formaban un *mes*, mandado por un jefe llamado *julio* que, en principio, sólo conocía a los cuatro domingos que estaban subordinados a él; tres meses formaban una *estación*, mandada por un jefe llamado *primavera* que, a su vez, únicamente conocía a los julios; finalmente, cuatro estaciones formaban un *año* bajo las órdenes de un *agente revolucionario*. A todo jefe y a todo miembro les estaba prohibido escribir o poseer documentos sobre la Sociedad (lección sacada del desmantelamiento de las «Familias»). Los afiliados no guardaban en su casa ni pólvora ni armas; la dirección suprema debía seguir envuelta en el misterio hasta el día de la insurrección.

La iniciación de nuevos adeptos, la transmisión de directrices, la elaboración de proyectos de insurrección, etc., todas estas activida-

des implicaban necesariamente encuentros más o menos regulares entre los miembros en los respectivos niveles de la jerarquía. Así, por ejemplo, la alta venta de la carbonería se reunía hasta tres veces por semana. Durante el invierno de 1835-36, la Sociedad de Familias preparaba intensamente reservas de munición (los cartuchos que los afiliados habían aportado eran insuficientes). Con ese objetivo, alquiló una casa en París, en la que instalaron un laboratorio de fortuna. Ahí trabajaba sistemáticamente un grupo de miembros, y los jefes, en especial Blanqui, visitaban el lugar de forma periódica. Se tomaron todas las precauciones posibles, pero el vaivén atrajo la atención de los vecinos. Avisaron a la policía, que incautó aquella fábrica clandestina y detuvo a las personas que trabajaban en ella. Como hemos dicho, a consecuencia de ese grave accidente, la Sociedad de las Estaciones limitó los contactos entre afiliados y tomó disposiciones para minimizar los destrozos en caso de delación. Sin embargo, para vivir y conservar a sus miembros, la Sociedad debía darles sensación de su existencia y convencerles de su fuerza. También era preciso que se entrenasen *juntos* a fin de prepararse para las acciones comunes previstas para el «gran día». Así pues, las «Estaciones» practicaban, además de las reuniones parciales de las *semanas* y de los *meses*, revistas generales de sus adeptos. Como se trataba de tomar las armas, se llamaba sin aviso previo a los miembros para que se diseminaran, por *estaciones*, por las calles laterales que daban a una larga calle principal; sólo los jefes de las *estaciones* se encontraban cerca de ésta, en espera del agente revolucionario, que, de este modo, encontraba en las esquinas de cada calle a un jefe que le daba cuenta de los efectivos, así como del número de los que faltaban. Son muchos los ejemplos que tenemos sobre estas prácticas y que demuestran que, sean cuales fueren las medidas de la conspiración, una sociedad secreta se convertía necesariamente para sus miembros en un *lugar de encuentros y una forma de sociabilidad*. En el entorno de un revolucionario se encontraban, por norma general, uno o varios revolucionarios más; pertenecer a una sociedad también suponía tener vínculos de camaradería y de amistad con sus miembros. Los miembros procedían a menudo del mismo medio y por tanto se cruzaban también en reuniones distintas de las reuniones clandestinas. Así, por ejemplo, los estudiantes de las grandes escuelas, medio bastante restringido, donde se conocían bien, eran muy numerosos en las ventas parisinas. Como cuenta un testigo en diciembre de 1821, los *carbonari* que se dirigían a Belfort, donde se preparaba la insurrección, lo hacían en calesas casi descubiertas. No ocultaban una «alegría loca» y «más de una vez entonaron la *Marseillesa* cuando iban por la posta, y los postillones, que ya no estaban acostumbrados a oír ese canto revolucionario, manifestaban en voz

alta su alegría, pero también su sorpresa»¹⁰. En las «Estaciones», la participación de obreros y artesanos era, a buen seguro, más importante que en las sociedades anteriores; debido a ello, había muchas *estaciones* que se habían formado por afinidad corporativa; hubo estaciones formadas por zapateros, por sastres, por cocineros, etc. Necesariamente, estos miembros se conocían de vista y a menudo también de nombre; tenían muchas ocasiones de mantener relaciones personales más allá de sus reuniones secretas. ¡Y qué decir de los «antiguos», de los militantes que habían participado en todas las conspiraciones, que, tras el desmantelamiento de una sociedad secreta, volvían a encontrarse en la que sucedía a ésta, y que se conocían de sus múltiples reuniones, de sus comunes estancias en cárceles, etc.! Entre estas personas que, durante años, compartían los riesgos y los secretos, los lazos personales eran muy estrechos.

Los riesgos de comprometer a su sociedad secreta eran proporcionales al lugar ocupado por el revolucionario en la jerarquía piramidal, y, por lo tanto, a la información de que disponía. Así, en la primavera de 1830, la policía, tras haber desmantelado la fábrica clandestina de munición instalada por las «Familias», siguió una pista que la llevó al domicilio de Barbès y de Blanqui, donde cayó sobre los archivos: lista de nombres, de direcciones, etc. La acción policial todavía podría haber sido más importante, pero Blanqui tuvo el reflejo de tragarse papeles muy comprometedores (le habría dicho al comisario: «Búsquelo ahora»...). Actividades de riesgo creciente, pero también cada vez más absorbentes. Los simples adeptos de base sólo dedicaban a su sociedad una parte de su tiempo; tenían que ganarse la vida, ocuparse de su familia, etc. Además, muchos de estos adeptos de base sólo permanecían en su sociedad durante un período limitado. Por regla general, únicamente eran revolucionarios durante unos años, y ello por diversas razones: la desaparición del entusiasmo inicial, el cansancio de la espera del «gran día», el desmantelamiento de la sociedad secreta, etc. Por contra, dirigir una sociedad secreta, esconderse, borrar pistas, contactar con los emisarios, preparar los planes de la insurrección y respetar unas reglas de conspiración cada vez más sofisticadas exigía mayor tiempo cada vez. Así empieza a perfilarse la *profesionalización del revolucionario* cuya figura emblemática es Blanqui. No hacía otra cosa que ser revolucionario: su vida se reparte entre las cárceles y las actividades revolucionarias. Infatigable, nada más ser puesto en libertad volvía a empezar de cero. Hace el sacrificio de su vida privada, vive para la revolución. Dicho esto, resultaba impensable que fuera *pagado* por su organización. Unir dinero y revolución es inaceptable, por ser

contrario al *honor del revolucionario*. Blanqui vivía más que modestamente; de joven había ejercido el periodismo; luego, absorbido por sus actividades clandestinas, vive de los recursos de su familia, se aloja en casa de sus compañeros, etc.

En el código moral y en el imaginario de los revolucionarios el honor y la fidelidad ocupaban un lugar eminente. El honor consistía en respetar los compromisos solemnemente consagrados durante el ritual de la iniciación. Era, sobre todo, el deber de guardar el secreto y no traicionar nunca a la sociedad ni a su causa, de manera especial durante los interrogatorios subsiguientes a un arresto. Ceder ante la policía, aunque sólo fuera en un momento de debilidad, confesar, entregar los secretos y a los camaradas, era una infamia que no se perdonaba; la sola sospecha podía desbaratar la vida de un revolucionario. Ése fue precisamente el caso de Blanqui: el 18 de marzo de 1848, cinco semanas después del inicio de la revolución, sus enemigos sacaron de los archivos de la policía su «dossier», como se diría hoy. El documento Taschereau (nombre de quien lo publicó; era un antiguo secretario general de la prefectura del Sena, y tuvo acceso a los archivos secretos de la policía) contenía las declaraciones supuestas de Blanqui ante el ministro del Interior, hechas en otoño de 1839, durante sus arrestos a raíz del fracaso de la toma de armas elaborada por las «Estaciones». Blanqui negó ferozmente la autenticidad de ese documento y lo denunció como una falsedad preparada por la policía. Sin embargo, muchos de sus camaradas (entre ellos Barbès) lo reconocieron como verídico. En la actualidad, el asunto sigue estando confuso; Blanqui no se repuso nunca de esas acusaciones, que le siguieron incluso a las cárceles donde todavía pasó largos años.

¿Cuántos eran los revolucionarios? Cualquier respuesta es hipotética y está sujeta a caución debido a varias razones. Porque, tratándose de sociedades secretas, faltan evidentemente listas de miembros y demás documentos comparables. Suponiendo incluso que hayan existido (durante el registro en que Blanqui se tragó los documentos, la policía cogió pese a todo algunas listas parciales), necesariamente habían de ser provisionales e incompletas. El número de adheridos siempre fluctuaba, incluso en las sociedades mejor estructuradas: después de haber asistido a unas cuantas reuniones, había miembros que se desanimaban y desaparecían. A esto hay que añadir la automistificación debida al carácter secreto de la organización y, por ello, a la falta de transparencia. En su mayor parte, los dirigentes solían tender a aumentar, a sobrestimar el número de miembros. Por otro lado, esa misma tendencia se manifiesta en los gobernantes; así, por ejemplo, en 1822, el gobernador militar de Metz emitía el número de... 800.000 *carbonari*. Pero ese número no era otra cosa que un fantasma que daba la medida del pánico de las autoridades.

¹⁰ U. Trélat, «La charbonnerie», *ibídem*, pp. 229-230.

Una vez hechas esas reservas, hemos de aportar de todos modos algunas cifras. Los *carbonari* habrían sido los más numerosos: se calcula la cifra de 30.000 e incluso la de 60.000 en el momento culminante de sus actividades. Para medir la importancia de la carbonería también hemos de tener en cuenta su amplia implantación en las ciudades de provincia, sobre todo en Lyon, Marsella, Nantes, La Rochelle, Metz, Nancy, Belfort y Estrasburgo¹¹. La Sociedad de Derechos del Hombre, que, como hemos dicho, en su origen era una asociación legal, habría tenido en París más de 3.000 adeptos, y casi otros tantos en Lyon; también se hallaba implantada en otras ciudades. Las «Familias» y las «Estaciones» existían únicamente en París y eran mucho menos numerosas. En el momento «culminante», las «Familias» habían conseguido agrupar a 1.200 adheridos; las «Estaciones» no habrían pasado de tres *años*, es decir de 1.000 miembros. Observemos, sin embargo, que durante las revistas generales de que ya se ha hablado, había 500-600 conjurados presentes. En el momento crucial, durante el levantamiento armado del 12 de mayo de 1839, se contaron entre 200 y 400 insurgentes, según las fuentes.

En cuanto a los medios en que se reclutaban estos revolucionarios, hemos de poner de manifiesto, de forma bastante esquemática, algunas tendencias. Entre los *carbonari* encontramos sobre todo estudiantes, jóvenes abogados, oficiales de sueldo bajo y militares en activo. En las «Familias» y las «Estaciones» también encontramos estudiantes, pero, hecho notable, cada vez es más fuerte la presencia de artesanos y de obreros (como ya hemos señalado, algunas *estaciones* estaban formadas por artesanos del mismo oficio). Una sociedad se formaba a menudo sobre los restos de la precedente; por eso es difícil determinar en qué medida se hacía el reclutamiento entre nuevos adeptos, a la vez que se recuperaba a los «antiguos», a los que ya se habían templado en otras conspiraciones. Blanqui sigue siendo una figura emblemática de esa continuidad: iniciado como carbonero, participó en casi todas las conspiraciones que se produjeron entre 1822 y 1848¹².

¹¹ Cfr. U. Trélat, *ibidem*, p. 228, así como las estimaciones de A.B. Spitzer, *Old Hateds and Young Hopes*, Cambridge, Massachusetts, 1971, pp. 242-244. Para ilustrar el grado de incertidumbre hemos de recordar que el autor de esta notable obra, tras un minucioso cotejo de fuentes, logró hacer una lista nominal de sólo 244 *carbonari*.

¹² ¿Qué decir de aquellos para quienes la conspiración se ha convertido, por así decir, en una necesidad permanente, e incluso en un esnobismo? Herzen cuenta una anécdota notable sobre uno de estos eternos conspiradores. Durante el reinado de Luis Felipe, un tal E., que pertenecía a una sociedad secreta, vivía escondido en París; sus numerosos amigos estaban al corriente. Uno de ellos, compadecido de E., preguntó a Delessert, prefecto de París, que también conocía a E., por qué la policía se ensañaba con aquel desgraciado. Muy sorprendido, el prefecto preguntó a sus servicios de información por E.; inmediatamente le suministraron todas las informaciones, incluidas las señas de

Uno se vuelve revolucionario por muchas razones que se inscriben en el contexto de tal o cual biografía, y el peso de la elección política e ideológica varía de un individuo a otro. Esa elección puede reconocerse mejor en la medida en que figura de forma explícita en los programas y los objetivos de las sociedades secretas, sobre todo durante la ceremonia de iniciación. Cierto que las motivaciones negativas prevalecían sobre las elecciones positivas: uno se vuelve revolucionario ante todo y sobre todo *contra* un poder y un régimen. El *a favor de* a menudo sólo es secundario y complementario: el sueño social tiene sus raíces en el rechazo del orden existente. Así, en la carbonería domina el rechazo de la Restauración: rechazo de una dinastía impuesta por el extranjero; rechazo de las intentonas por hacer volver el Antiguo Régimen, sus privilegios y sus jerarquías; rechazo de la humillación de Francia y, sobre todo, de su ejército. Este frente de rechazo permitía a la carbonería congregar a jóvenes republicanos, a bonapartistas y a orleanistas, reunidos todos, pese a sus divergencias, en una voluntad común de librarse de los Borbones. Y, al contrario, le resultaba difícil ponerse de acuerdo en los objetivos positivos, de modo especial en la forma de gobierno; por eso decidieron que ninguna bandera se impusiese de antemano, que lo esencial consistía en restablecer la soberanía de la nación y confiar a una futura asamblea constituyente el destino político del país. Después de la Revolución de Julio y con el reinado de Luis Felipe, en los revolucionarios dominan sentimientos de frustración, de haber sido privados de los frutos de una revolución desviada de sus orígenes y confiscada en provecho de nuevos opresores. En ese momento las sociedades secretas comparten por regla general la idea republicana. La República suponía el enlace con la Revolución, una vuelta al año 93 (¡pero sin el Terror!), pero también, e incluso sobre todo, era una utopía política y social. Imaginan la República como el advenimiento de la igualdad y de la justicia social; estaría de parte del pueblo, de los trabajadores, frente a los ricos, los nuevos aristócratas del dinero. La fórmula de iniciación en las «Familias» que ya hemos citado aporta un ejemplo notable de la radicalización del discurso revolucionario: se vuelve republicano y socialista o, si se quiere, republicano por socialista. Dicho esto, si esas esperanzas se sitúan en un futuro *después* de la revolución, es la misma voluntad de actuar, de vencer al poder

su domicilio «clandestino» y de los cafés que frecuentaba. Delessert ordenó, por tanto, subir a casa de E. y decirle que no tenía ninguna razón para esconderse porque la policía no tenía nada contra él. El agente enviado cumplió la misión; dos horas más tarde, E. informó a sus amigos que la policía le había descubierto y que debía cambiar inmediatamente de domicilio o ausentarse de París. A. Herzen, *Byloie i doumy, Sobranie sotchinienii*, Moscú, 1956, t. X, pp. 46-47 [hay ed. cast.: *El pasado y los pensamientos*, Tecnos, Madrid, 1996].

lo que se afirma en los revolucionarios como su motivación esencial. Los fracasos acumulados eran, desde luego, un factor de desánimo, pero también incitaban a la revancha, a hacer lo imposible para que por fin llegase ese momento sublime donde todo se veía conmovido. De ahí la propensión cada vez más fuerte hacia la acción: el advenimiento del «gran día» se convierte en un fin en sí. Las tentativas de insurrección que marcan los años veinte y treinta se explican, entre otras razones, por la presión de la base impaciente de las sociedades secretas. Ciertamente que la conspiración disfrutaba del misterio y la aventura; pero también impone unas obligaciones cotidianas a las que se añade la permanente sensación de los peligros y los riesgos que corren. De ahí la impaciencia, que se alimenta asimismo de la convicción de que el país entero, incluso las grandes ciudades, en una palabra *el pueblo*, no hacen otra cosa que esperar la señal para seguir de forma espontánea a los revolucionarios.

Hemos evocado brevemente esas acciones insurreccionales: cada una merecería una presentación detallada, pero eso supera ampliamente el marco de este ensayo. Todas se saldaron con derrotas, y al mismo tiempo cada una dejó tras ella víctimas, mártires y héroes que ocuparon un lugar eminente en el imaginario revolucionario. La conspiración no era sólo *esperanza*, también era *memoria*. Uno también se hace revolucionario por deseo de vengar a las víctimas. A menudo el impulso procede de las imágenes heroicas que ofrecen la vida, las hazañas y, en ocasiones, la muerte de los que entran rápidamente en la leyenda. La difusión de ésta superaba por otra parte el círculo relativamente restringido de revolucionarios. Impregnaba la opinión política de su época y llegaba incluso más allá, porque dejó huellas perdurables en el imaginario de la III República. Limitémosnos de nuevo a un solo ejemplo, a los cuatro sargentos de La Rochelle. En 1821, la logia de los Amigos de la Verdad había reclutado como miembros a militares del 45º regimiento de línea, acantonado en París. El más activo de ellos, el sargento-jefe Jean-François-Louis Bories, que en ese momento tenía 26 años, se encargó de organizar una *venta* de *carbonari* entre sus camaradas, y empezó su labor por otros tres sargentos: Pommier, Raoulx y Goupillon. Cuando las autoridades tuvieron algunas sospechas, el 45º regimiento recibió en enero de 1822 la orden de abandonar París y permanecer de guarnición en La Rochelle. Antes de su salida, Bories entró en relación con La Fayette, quien le pidió contactar con otros conspiradores a fin de apoyar eventualmente intentonas armadas en Belfort y en Saumur. Tras la llegada del regimiento a La Rochelle el 14 de febrero, debido a ciertas imprudencias todos los miembros de la *venta* fueron detenidos; tras cinco meses de instrucción, veinticinco acusados fueron llevados ante el tribunal del departamento del Sena. Su defensa fue rea-

lizada por los abogados más eminentes, también *carbonari*. Durante el proceso, que gozó de gran eco, Bories se distinguió por su comportamiento ejemplar asumiendo toda la responsabilidad: «Acepto esta posición si, al poner mi cabeza sobre el cadalso, puedo conseguir la absolución de mis camaradas». El 5 de septiembre, él y los otros tres sargentos fueron condenados a muerte. La ejecución tuvo lugar el 21 de septiembre, en la plaza de Grève, en presencia de una enorme multitud que atestaba los muelles desde la Conciergerie. En el momento de tenderse sobre la tabla, Bories gritó a la multitud: «Recordad que es la sangre de vuestros hijos la que hoy hacen correr». Entre la multitud se encontraba un joven estudiante, Auguste Blanqui, que conservó para siempre el recuerdo de esa ejecución¹³. Fue ella la que le impulsó a unirse al movimiento revolucionario; dos años más tarde entró en la carbonería para terminar convirtiéndose él mismo en personaje de leyenda, el «Encerrado» que suscitó la admiración de unos y el odio de otros. Se dedicaron grabados y canciones al martirio de los cuatro sargentos. Pocas semanas después de la Revolución de Julio, la conmemoración de su muerte, en el lugar mismo de su ejecución, fue la primera gran manifestación republicana; en los manuales escolares de la III República solía haber por regla general una imagen y un relato que recordaba a los sargentos.

Ni la Revolución de Julio de 1830 ni la de Febrero de 1848 eran el resultado de una acción insurreccional de las sociedades secretas. En ambos casos el cambio de régimen vino impuesto por movimientos populares en gran medida espontáneos, al menos en sus inicios, que se inscribían en un contexto más amplio de una crisis política y social. Dicho esto, las sociedades secretas contribuyeron desde luego a la maduración de esas crisis, eran un elemento propio de ellas cuyo

¹³ No es una metáfora: cuarenta y cinco años más tarde, el viejo Blanqui seguía llevando a menudo flores a la tumba de los cuatro sargentos. No puedo resistir la tentación de citar otro ejemplo. El *Grand dictionnaire universel du XIXe s.*, de Pierre Larousse, ese «lugar de la memoria» por excelencia, publica en 1867 un largo artículo lleno de admiración hacia Bories, cuya historia refiere en un estilo inimitable que mezcla la información y los impulsos líricos. El texto acaba con «una leyenda de amor y de dolor de la que se ha hablado estos últimos años». Todo el París de la orilla izquierda del Sena conocía a «una anciana que caminaba encorvada, apoyada en un largo bastón [...] y que siempre llevaba en su blusa un ramo la mayoría de las veces marchito, porque no siempre tenía recursos para renovarlo». No mendigaba nunca, pero «más agobiada por la pena que por la edad», aceptaba las flores que le regalaban los floristas del mercado de Sèvres. Pues bien, aquella anciana había sido una fresca y hermosa muchacha, y desde hacía cuarenta años llevaba luto por un héroe. Era Françoise, la prometida de Bories, cuyo matrimonio fue impedido por el hacha del verdugo. Se contaba que, desde lo alto de la carreta, el mártir le había lanzado, como eterno adiós, un ramo cuyo olor había aspirado. Desde ese día fatal, aquella Ofelia del recuerdo había vivido con el fantasma del magánimo joven... La mujer murió en 1864. Vecinos caritativos pusieron un último ramo en el ataúd.

impacto exacto sería muy difícil de estimar. Las sociedades secretas mantuvieron la idea y la tradición republicanas, colaboraron a la democratización de los regímenes salidos de las conmociones revolucionarias. Ya hemos recordado la proliferación de clubs y de asociaciones políticas tras la Revolución de Julio. Fue más pronunciada todavía en las semanas siguientes a febrero de 1848: a finales de marzo se contabilizaron 145 clubs en París, y había casi 300 en junio. Cier- to que muchos de esos clubs eran efímeros, pero otros jugaron un papel eminente en la historia de la II República: publicaban periódicos y disponían de sociedades afiliadas en los departamentos. Las sociedades les proporcionaron desde luego cuadros y adheridos. Pero una vez dicho esto, lo cierto es que la conquista de la libertad ponía fin a la existencia de las sociedades secretas: pierden su razón de ser de forma completamente natural. En primavera, Trélat, dirigente carbonaro a quien ya hemos conocido, confirmaba con satisfacción y fe en el futuro:

El tiempo de la carbonería y de las sociedades secretas ha pasado; en el momento actual, todos y cada uno actúan a cara descubierta: el medio más poderoso de la acción es la publicidad y sería condenarse a la impotencia poner en movimiento agentes distintos a los de la época¹⁴.

Estas palabras de Trélat expresan perfectamente el momento en que todo bascula en la experiencia revolucionaria. El advenimiento del «gran día» es un suceso exaltante donde, de golpe, parecen realizarse las expectativas y los sueños. En las barricadas, en las calles y en las plazas los revolucionarios se encuentran con decenas de millares de personas, con aquellos que materializan su imagen del pueblo; están con la multitud y en la multitud. Mas, de pronto, en esa comunión tanto tiempo esperada, se dejan sentir diferencias: ser revolucionario y hacer la revolución no es ni la misma condición ni la misma experiencia. Esas muchedumbres han visto la iniciación abriendo de par en par los ojos, y no con los ojos vendados; han entrado en la revolución a plena luz, y no a escondidas, en el espacio de un día, incluso de unas horas, y no durante meses y años de espera. Ese espacio de libertad se amplía y los acontecimientos se aceleran más todavía durante las semanas que siguieron a esa «primavera de los pueblos». A las muchedumbres parisinas se añaden, por centenares, por millares, italianos, alemanes, húngaros, checos (sólo Rusia sigue siendo un hielo que no se funde). Nunca hasta ese momento habían conocido los revolucionarios semejante internacionalización, sobre todo si tenemos en cuenta que, contrariamente a la época de la Re-

volución francesa, esta vez la revolución no se exporta en la punta de la bayonetas (además, en Europa no conocerá una extensión territorial semejante). A la luz cegadora de esos grandes días, la experiencia revolucionaria de las sociedades secretas aparece singularmente limitada: heroica, desde luego, tal vez anticipadora; pero, al mismo tiempo, cada vez más anclada en el pasado. Sobre todo porque, una vez que desaparecieron las primeras barricadas, al día siguiente de la victoria los «ancianos» de las sociedades secretas se encuentran divididos; unos están en el gobierno, otros en la oposición; unos consolidan las conquistas, otros quieren ir más lejos; unos se sientan en el parlamento, otros arengan a la multitud. En junio de 1848, en París, y sobre nuevas barricadas, la revolución es una insurrección contra ella misma. Si la primavera de 1848 marca el triunfo de las ideas revolucionarias y republicanas, anuncia también el declive de cierta figura histórica de revolucionario. La derrota de la Revolución de 1848 acaba con las esperanzas. Como se sabe, en verano de 1849 todo está prácticamente acabado: el antiguo carbonaro Luis Napoleón Bonaparte, elegido presidente, terminaba de aplastar la intentona revolucionaria del 13 de junio de 1849, y se adentraba resuelto por la vía que le llevó al Imperio: la República romana ha sido destruida por los franceses; Venecia ha sido reconquistada por los austríacos y Hungría pacificada por los cosacos. Los revolucionarios que no se han resignado vuelven a encontrarse en las cárceles, o bien, proscritos de sus países, toman el camino del exilio. Creen que en otro país podrán enlazar con su experiencia anterior a 1848 para conseguir que vuelva rápidamente el tiempo de las barricadas.

Estos exiliados llevan consigo una tradición y un imaginario revolucionario renovado y enriquecido. De todos estos símbolos examinemos por lo menos uno, tal vez el más potente: la barricada, sobre todo la barricada parisina. Era el lugar sagrado donde se jugaba el destino de la revolución, adonde el honor y la fidelidad a la causa llamaban a los revolucionarios. París no conoció prácticamente barricadas durante la Revolución de 1789 (salvo la barricada alzada, el 2 de Prairial del año III, a la entrada del barrio Saint-Antonie contra la tropa enviada para su pacificación). Se levantan algunas barricadas en 1815 para defender la ciudad frente a las tropas extranjeras; en 1830 se luchaba en barricadas y se levantaron muchas durante las jornadas revolucionarias de 1832 y 1834. Sin embargo, no será hasta la Revolución de 1848 cuando la ciudad erizada de barricadas se convierta en símbolo de la Revolución, victoriosa al principio, vencida luego. En los textos de la época la barricada es al mismo tiempo un objeto y un símbolo, un lugar y un actor de la revolución. Se la asimila a un ser vivo y se la exalta. Veamos dos ejemplos.

He aquí una página de la *Historia de la revolución de 1848*, de Da-

¹⁴ U. Trélat, *op. cit.*, p. 217.

niel Stern, que evoca las barricadas de febrero convertidas en lugares clave de la victoria; en una especie de procesión, la muchedumbre pasea, de una barricada a otra, el trono que acaban de arrancar de las Tullerías:

París estaba erizado de barricadas (se han llegado a contar 1512), guardadas, en su mayoría, por jefes republicanos; avanzaban amenazadoras desde los suburbios más alejados hasta los accesos a las Tullerías... Hacia las tres [del 24 de febrero] el trono, incesantemente pisoteado por los rebeldes, que habían querido sentarse en él uno tras otro, es llevado en volandas y bajado por la gran escalinata al vestíbulo del pabellón del Reloj. Se prepara una marcha triunfal. Los tambores baten fantásticos redobles. Unos jóvenes, montados en los hermosos caballos de las cuadras reales, se ponen al frente del cortejo; el sillón es llevado a hombros de cuatro obreros, a los que sigue una numerosa muchedumbre. Atraviesan así el jardín, la plaza de la Concordia y toda la línea de los bulevares. Una multitud armada con picas, de cuyas puntas cuelgan trozos de púrpura, de damasco, de brocado, uniformes de corte y libreas, blandiendo bayonetas y sables en los que hay atravesados carne, pan, tocino, y botellas vacías cogidas de las cocinas y de las bodegas reales, avanza cantando la *Marsellesa*. Se detiene en cada barricada, y el trono, puesto sobre cimientos de piedras, sirve de tribuna para algunas arengas populares¹⁵.

En *Los miserables* encontramos la imagen de la barricada de junio de 1848, la época dramática que, según Victor Hugo, resultaba «casi imposible de clasificar en la filosofía de la historia» porque era «una revuelta del pueblo contra sí mismo»:

¹⁵ Daniel Stern (Marie de Flavigny, comtesse d'Agoult), *Histoire de la Révolution de 1848*, París, 1862, t. I, pp. 266-267 (citamos por la segunda edición; la primera data de 1851). Uniendo la emoción a la ironía, Flaubert describe al pueblo apoderándose del trono en las Tullerías: «De pronto sonó la *Marsellesa*. Hussonet y Frédéric se inclinaron sobre la rampa. Era el pueblo. Corrió a la escalinata, agitando en olas vertiginosas cabezas desnudas, gorros, bonetes rojos, bayonetas y hombres, de forma tan impetuosa que la gente desaparecía en aquella masa hormigueante que seguía sufriendo como un río rechazado por una marea de equinoccio, con un largo mugido, bajo un impulso irresistible. Arriba, la marea se desparrramó y el canto fue apagándose... Todas las caras estaban rojas y por ellas corrían grandes goterones de sudor. Hussonet hizo esta observación:

»—¡Qué mal huelen los héroes!

»—¡Ah!, es usted irritante —respondió Frédéric.

»Y empujados a pesar suyo, entraron en un aposento en cuyo techo se extendía un dosel de terciopelo negro. Sobre el trono estaba sentado un proletario de barba negra, descamisado, con aire risueño y estúpido como un monigote. Otros se encaramaban al estrado para sentarse en su puesto.

»—¡Qué mito! —dijo Hussonet—. ¡Ahí tenéis al pueblo soberano!

»El sillón fue llevado en volandas por toda la sala dando tumbos... Lo acercaron a una ventana, y, en medio de silbidos, lo tiraron.»

G. Flaubert, *L'éducation sentimentale*, Garnier-Flammarion, París, 1985, p. 359 [hay ed. cast.: *La educación sentimental*, Cátedra, Madrid, 1994].

La barricada de Saint-Antoine era monstruosa; tenía tres pisos de alto y una anchura de setecientos pies. Cortaba el paso de un extremo a otro de la amplia entrada del suburbio, es decir tres calles: quebrada, recortada, dentada, almenada por un inmenso desgarrón, apuntalada por trozos que eran a su vez bastiones; con proas que sobresalían aquí y allá, sólidamente adosada a los dos grandes promontorios de casas del suburbio, surgía como un dique ciclópeo al fondo de la temible plaza que vio el 14 de julio. Diecinueve barricadas se escalonaban dentro de las calles detrás de esa barricada madre. Nada más verla se percibía en el suburbio el inmenso sufrimiento agonizante que llegaba en ese minuto extremo donde una angustia puede convertirse en catástrofe. ¿De qué estaba hecha aquella barricada? Del derrumbamiento de tres casas de seis pisos, demolidas a propósito según algunos. Del prodigio de todas las rabias, según otros. Tenía el lamentable aspecto de todas las construcciones del odio: la ruina... Aquella barricada estaba furiosa: lanzaba a las nubes un clamor inefable; en ciertos momentos, provocando al ejército, se cubría de muchedumbre y de tempestad; una batahola de cabezas flameantes la coronaba; la llenaba una hormiguero de gentes; tenía una cresta espinosa de fusiles, de sables, de palos, de picas y de bayonetas; una grandísima bandera roja restallaba al viento... El espíritu de la revolución cubría con su nube aquella cumbre donde rugía esa voz del pueblo que se parece a la voz de Dios: de aquella titánica cueva de escombros se desprendía una majestad extraña. Era un montón de basura y era el Sinaí¹⁶.

Grandeza y miseria de los revolucionarios

Para echar una ojeada sobre los revolucionarios proscritos y exiliados tras el fracaso de la «primavera de los pueblos» sería difícil encontrar mejor guía que Aleksandr Herzen. Exiliado político él mismo desde 1847, frecuentó los medios republicanos y revolucionarios al principio en Italia y en Francia; en 1849 se exilia a Suiza y más tarde a Inglaterra. Herzen jugó un papel de primera magnitud en los movimientos revolucionarios rusos. Fundó en el extranjero las primeras revistas antizaristas, democráticas y socialistas: *la Estrella Polar* y *la Campana*, editadas por la Tipografía libre rusa. En sus escritos expuso la idea de una posible vía específicamente rusa al socialismo que tendría por base la comunidad rural (*obsčina*), que fue recuperada por los populistas. Herzen se convierte rápidamente en el símbolo de

¹⁶ V. Hugo, *Les Misérables*, op. cit., pp. 1.195-1.196. Recordemos que esa barricada de 1848 no debe confundirse con la de Gavroche y de Jean Valjean. En efecto, ésta, situada en la calle de la Chanvrerie, databa de 1832, de la época de la insurrección armada tras las exequias del general Lamarque. Pero «dieciséis años cuentan mucho en la subterránea educación del pueblo, y junio de 1848 sabía mucho más que junio de 1832» (ibídem, p. 1.200).

la oposición al zarismo; verle es paso obligado para todo liberal ruso que visite el extranjero. Herzen conoció bien a toda la crema de la emigración política europea, esos revolucionarios que vuelven a encontrarse en Suiza o en Inglaterra. Hizo sus retratos en su libro *El pasado y los pensamientos* (1852-68), obra maestra de la literatura rusa y uno de los libros de memorias más notables. En sus recuerdos, Herzen consiguió mantener su compromiso a cierta distancia. Se identifica a sí mismo con la causa revolucionaria en Rusia y en Europa; las líneas que he elegido como epígrafe a este ensayo expresan perfectamente su fe en la victoria final de la revolución. Mantuvo amistad con personalidades a las que admiraba: Mazzini y Redru-Tollin, Worzell y Kossuth. Exiliado, habla desde el seno de ese medio, pero también mira al exterior («Son muchos los que me reprochan que hable como un *observador exterior*... Y sin embargo yo no he venido a Europa como un hombre exterior, me he convertido en un hombre exterior. He hablado como hombre exterior, no para hacer reproches, sino porque mi corazón ya no podía más. Me he desembriagado más que los otros, pero no me ha sido de mucho consuelo»)¹⁷. Herzen sabe ser lírico y escéptico a la vez; también consigue mantener cierto sentido crítico tanto respecto a los rusos como respecto a los occidentales. Añadamos a esto que una independencia semejante venía facilitada por el hecho de que Herzen era rico; en efecto, consiguió transferir al extranjero una gran parte de su fortuna en Rusia (no oculta su júbilo contando cómo el mismo zar no ha conseguido confiscarle sus bienes; capituló ante los Rothschild, a quienes Herzen confió la gestión de su fortuna). Su situación, por tanto, no puede compararse con la de los demás exiliados; cuando se muda a Ginebra, alquila para sí y para su familia la Boissière, vasta mansión patricia, mientras que los demás emigrados se contentaban con un cuarto amueblado, si podían. Herzen tiene amigos y enemigos, su relato es subjetivo sin duda pero su mirada es de una rara agudeza. No es mi intención hacer la historia de los emigrados a través de la obra de Herzen; pero selecciono algunos fragmentos que aclaran el destino de los revolucionarios, limitándome a un solo país de exilio, a Inglaterra.

Los exiliados de 1849 no creían en una victoria duradera de sus enemigos; la ebriedad del éxito de ayer todavía no se ha disipado; en sus oídos suenan todavía los cantos y los aplausos del pueblo en fiesta. Creen con firmeza que su derrota no es más que una desgracia pasajera; no sacaban las ropas de sus

¹⁷ Herzen, *Byloie i doumy*, op. cit., t. XI, p. 53. En adelante, las referencias a esa edición crítica (en ruso) de las memorias de Herzen se darán en el cuerpo del texto, con indicación del volumen y de la página.

baúles ni las colgaban en los armarios... La mayoría, sobre todo los franceses, de acuerdo con su naturaleza, esperaban de un día para otro la muerte de Napoleón III y el advenimiento de la república, democrática y social para unos, democrática, pero no del todo social, para otros (X, p. 59).

El exilio impone a los revolucionarios la *inversión de su relación con el tiempo*. La revolución valora el presente, es vista como un punto de no retorno que pone fin, de una vez por todas, al nefasto pasado, como una ruptura que se abre a un porvenir que pertenece a los espíritus revolucionarios. Los revolucionarios exiliados desvalorizan, de forma natural, el presente. Es un período necesariamente provisional, una especie de paréntesis histórico. Al principio creen que ese paréntesis no puede durar más que unos meses; luego, no dejan de quedarse atónitos ante ese presente que no quiere pasar. (En 1864, Ledru-Rollin está convencido de que la revolución estallará de un día para otro; de cualquier modo, observa, el Imperio ya ha durado demasiado: quién hubiera pensado que semejante aberración había de durar doce años...; XI, p. 274.) Esta provisionalidad que dura demasiado tiempo debe ser exorcizada. Y por eso los revolucionarios valorizan fuertemente el pasado; en primer lugar, el *pasado inmediato*, el de la revolución, el de su impulso y el de sus jornadas heroicas; luego, el *pasado anterior*, el de las conspiraciones que habían llevado a la revolución. Ese pasado es asimismo garantía del porvenir, que no puede ser otro que el advenimiento del «gran día», de un nuevo 48. La revolución tiene por tanto su porvenir, porque, a despecho del presente y contra el presente, tiene un pasado. De este modo, los revolucionarios empalman el porvenir directamente en el pasado. En los inicios del exilio apenas dudaban de que esa revolución futura necesitaría exactamente los mismos actores que había necesitado la del 48. Cuanto más se prolongaba el exilio, más había que escrutar el porvenir. ¿Cómo sorprenderse, por tanto, de que hayan sido pocos los exiliados que escaparon al espiritismo y no hicieran vibrar las mesas? (XI, 32).

Conmemorar es hacer revivir el pasado en el presente. Los exiliados conmemoran mucho. Sus mítines conmemorativos podían reunir hasta mil quinientas personas en St. Martin's Hall en Londres. Generalmente, esos mítines tienen un carácter internacional: en los años cincuenta, los franceses, los italianos, los polacos y los alemanes forman los grandes batallones de exiliados políticos en Inglaterra. Así, el 29 de noviembre de 1853 se conmemoró el aniversario de la insurrección polaca de 1830. Oradores de varias nacionalidades rendían homenaje a Polonia, a su mártir y a su combate por la libertad. Herzen también tomó la palabra y acabó su emocionante discurso con un «¡Viva la Polonia independiente y la Rusia libre!». Wor-

zell, que ejercía la presidencia¹⁸, le abrazó y le respondió que en nombre de Polonia perdonaba a Rusia. El público acogió con aplausos entusiastas esa reconciliación simbólica. El 27 de febrero de 1855 se conmemoraba el aniversario de la Revolución de 1848, con la participación de los «más eminentes representantes de la democracia europea»: Louis Blanc, Victor Hugo, Ruge, Mazzini, Kossuth, Worzell, Herzen, etc. Esas personalidades se habían convertido en otros tantos símbolos de la fidelidad a la revolución así como de la resistencia a la arbitrariedad. Su participación común simboliza el pasado que sigue vivo, como si toda la Europa del 48 se hubiera reunido simbólicamente en ese espacio de la palabra y de la memoria libres. Otra forma de conmemorar: Herzen preparó la edición de su revista *La Estrella Polar* para el 12 de julio de 1855, aniversario de la ejecución de cinco decabristas; el título recuperaba, además, el de una efímera publicación de los decabristas, y una viñeta con los retratos de cinco mártires figuraba en la primera página. En 1863-64 tuvieron lugar varios mítines de solidaridad con la insurrección que estalló en Polonia y que las tropas rusas, bajo la mirada indiferente de los gobiernos europeos, reprimía de forma salvaje. (Herzen no dudó en expresar en repetidas ocasiones su solidaridad con los rebeldes polacos, y ello a pesar de una ola de chovinismo en Rusia, a la que no escapó la *intelligentsia* liberal. Recordemos asimismo que uno de esos mítines fue el origen de la fundación de la I Internacional.)

Momento álgido en el ritual: La Marsellesa, cantada en varias lenguas por los participantes. Herzen, que practica ese ritual muy emocionado, observaba sin embargo lleno de dolor y de amargura:

La reforma política ha degenerado como lo hizo la reforma religiosa; una retórica huera, protegida por las debilidades de unos y la hipocresía de otros, es el producto de esa degeneración. La Marsellesa es un canto sagrado, como lo es «Gottes feste Burg» de Lutero los sonidos de ambos cantos dan nacimiento a una sucesión de imágenes majestuosas, como el cortejo de sombras en *Macbeth*: «todos reyes, pero todos muertos» (XI, 52).

Las conmemoraciones solemnes constituyen un lugar de recuerdo pero también forman un *lugar de sociabilidad*. Los entierros asumen asimismo esa doble función. Al hilo de los años se vuelven cada vez más numerosos. Como observa Herzen, para los exiliados, en su

¹⁸ Stanislaw Worzell (1795-1857), diputado de la Dieta durante la insurrección polaca de 1830; francmasón y carbonaro, miembro eminente de diversas sociedades democráticas polacas en Francia y en Bélgica; fundador de Pueblo Polaco, asociación comunitaria de los soldados polacos exiliados en Inglaterra, fue amigo de Herzen y de Mazzini.

vida monótona, un entierro es casi comparable a una fiesta: es una ocasión para encontrarse, para figurar (sobre todo si el difunto gozaba de cierta fama y la emigración entera estaba presente al completo), para leer un discurso, para escuchar los otros y jurar, por último, fidelidad a los principios republicanos (XI, 37).

Mantener la llama mediante la palabra y la conmemoración, pero también encender el fuego mediante la acción. Los proscritos se despiden con la determinación de proseguir la lucha, de hacer del exilio un foco revolucionario, de aprovechar la libertad para preparar la acción. En el exilio todo el mundo conspira. Para unos es una novedad, para otros un retorno a los años de juventud. El límite entre hablar y conspirar era la mayoría de las veces difuso, incluso inexistente: cuántas conspiraciones terminaban donde habían empezado, en una taberna que acogía a un grupo de exiliados. Esa manía de «conspirar» constantemente era ridiculizada con frecuencia por Herzen (y también por Marx). Pero, pese a esto, las distintas policías no se tomaban a la ligera tales conciliábulos; todas trataban de informarse, de emboscar a un chivato, etc., y a fin de cuentas tenían razón. Dejando a un lado las conspiraciones fantasmales, había otras muy reales, minuciosamente preparadas, de consecuencias graves.

En 1857, Cavour pide al gobierno francés que aporte su colaboración para detener a Mazzini, aquel conspirador al que no podían coger. El 20 de enero de 1858, el conde Walewski, ministro francés de Asuntos Exteriores, ordenaba a su vez a su embajador en Londres que exigiese al gobierno la imposición de estrictas restricciones a las actividades de los exiliados.

No es ya la hostilidad de los partidos extraviados manifestándose a través de todos los excesos de la prensa y todas las violencias del lenguaje... Es el asesinato erigido en doctrina, predicado abiertamente, practicado en repetidas intenciones, la más reciente de las cuales acaba de sumir a Europa en el estupor. ¡Se otorga hospitalidad a unos asesinos!

Mazzini es denunciado por dos vías, aunque cada una de ellas tuviera su origen en un asunto distinto.

La intervención de Cavour se produce tras la desventurada iniciativa de Carlo Pisacane (revolucionario que se distinguió especialmente en 1849, durante la defensa de la República romana) de desembarcar en el sur de Italia. En colaboración con un comité clandestino de Nápoles, debía desencadenar una insurrección armada, apoyada a su vez por una acción armada en Génova, dirigida por Mazzini. La empresa acabó de forma trágica. En lugar de la esperada ayuda de los habitantes, Pisacane y sus camaradas chocaron con la hostilidad de los campesinos, que los mataron. En Génova, la policía descubrió el complot, y la represión fue despiadada.

Mazzini, que consiguió escapar, fue condenado a muerte por contumacia.

El conde Walewski protestó por un asunto de gravedad bien distinta: el atentado de Felice Orsini contra Napoleón III. El 14 de enero de 1858, delante de la Ópera, Orsini, que tenía dos cómplices, lanzó una bomba contra el coche en que se desplazaban Napoleón III y su mujer. Éstos salieron indemnes, pero en su escolta hubo muertos y heridos. Orsini era una personalidad aureolada de leyenda debido tanto a sus actividades revolucionarias como a su extraordinaria evasión de la fortaleza de Mantua. Además, el de Napoleón III no era su primer atentado; tras su golpe de Estado era, por así decir, un blanco anunciado. Orsini decidió su acción con la esperanza de que el asesinato de Napoleón III desencadenase un movimiento revolucionario en Francia y, por consiguiente, en Italia. Orsini había preparado el atentado en Londres, sin colaboración alguna de Mazzini ni de los exiliados franceses, pero el gobierno francés veía en él el resultado de una vasta conspiración. Los días 26 y 27 de enero tuvo lugar el proceso de Orsini y sus cómplices; Orsini y uno de sus compañeros, condenados a muerte, fueron guillotinado; durante el mismo proceso, Mazzini y Ledru-Rollin, presuntos instigadores, fueron condenados a perpetuidad.

También Herzen nos ofrece el ejemplo, acaso el más logrado, de otra actividad esencial de los revolucionarios exiliados: redactar y publicar textos que propagasen la palabra libre en sus respectivas patrias. Como hemos dicho, *La Campana* logró un eco enorme en Rusia; al principio por centenares y luego por millares, los ejemplares llegaban de contrabando, y, a la inversa, textos procedentes de diversos grupos revolucionarios rusos se volvían progresivamente más numerosos en la revista. Con altibajos, la empresa duró diez años. Los demás periódicos y revistas de exiliados eran mucho más efímeros. No obstante, el exilio produce una masa de libros, sobre todo de política pero también de historia, de economía, de filosofía, etc. *Los miserables* y *El Capital* son obras de exiliados y podrían citarse decenas de ellas menos célebres y notorias. Raros son los exiliados que, en un momento u otro, no han redactado un artículo o una proclama. Y qué decir de las innumerables llamadas, memoriales, manifiestos, programas, etc., que los exiliados habían firmado en su calidad de miembros de tal o cual grupo, sociedad, comité, etc.

Estos grupos y grupúsculos absorbían la mayoría de los esfuerzos y actividades políticas de los exiliados. Eran legión los partidos, antiguos y nuevos, que reunían a sus partidarios sobre bases nacionales y/o ideológicas. Evidentemente el exilio no favorece el consenso y la concordia. De este modo los proscritos reproducían las antiguas discrepancias, las mismas que habían llevado consigo. Seguir fiel a sí

mismo contra viento y marea también era una forma de perpetuar el pasado y exorcizar el presente. Las disputas, cada vez más arcaicas, inmovilizaban a la emigración.

Los objetivos reales ya no están ahí; todos esos partidos se obcecaban en su conservadurismo; no se mueven, porque podría percibirse como una debilidad, incluso como un abandono. Una vez elegida su bandera, se monta guardia, incluso aunque con el tiempo uno se dé cuenta de que sus colores ya no se parecen tanto a los que se había imaginado (XI, p. 33).

Pero, además, a las discrepancias antiguas se unían otras nuevas: los exiliados tomaban constantemente partido ante los sucesos recientes, elaboraban y afinaban sus programas. En ellos encontramos todas las variantes, tanto del republicanismo como del socialismo.

Precisamente en el exilio ganan importancia esos matices. Es la diferencia en relación a los otros la que asegura a los miembros de una agrupación política su identidad. Les proporciona asimismo un sucedáneo de legitimidad en la medida en que se considere que su programa expresa verdaderamente la voluntad del pueblo. Dado que al pueblo no se le puede consultar, ¿cómo no creer ese programa? A las discrepancias ideológicas se añaden las diferencias y las susceptibilidades nacionales¹⁹. Cierto que no faltan manifestaciones de solidaridad internacional, y ya hemos citado algunos ejemplos. Muchas se organizaban bajo los auspicios del Comité Central Democrático Europeo, fundado en 1850 en Londres, que agrupaba a exiliados franceses, italianos, polacos y alemanes. A pesar de todo esto, las discrepancias persisten, y un comité que se proclama internacional y europeo no deja de ser un comité como otros muchos. ¿Para cuántos europeos no era en sus inicios la Asociación Internacional de Trabajadores fundada en Londres en septiembre de 1864 otra cosa que una asociación más, si no una asociación que sobraba? Mazzini asistió a sus primeras sesiones, pero las abandonó enseguida; Herzen tampoco parece dar demasiada importancia a su existencia.

Ocurre que los exiliados se encierran cada uno en su grupo nacional y/o ideológico sin conocer los otros. Pero también ocurre que ni

¹⁹ Tras su llegada a Inglaterra, Herzen visita a Mazzini quien, al final de una cordial entrevista, le dice: «Ya verá usted cómo Italia abrirá una nueva era de revolución». A Herzen, que se pregunta si es posible una revolución en Europa cuando Francia está sumida hace tanto tiempo en su frustración, Mazzini le replica: «Francia está dormida, nosotros la despertaremos». Pocos días más tarde, Herzen se encuentra con Ledru-Rollin, quien a su vez declara: «La revolución únicamente puede empezar en Francia. Sé de sobra que nuestro amigo Mazzini piensa de otro modo, pero es que se deja arrastrar por su patriotismo. Necesitamos París; París es Roma, Varsovia, Hungría y Sicilia, y, por suerte, París está completamente preparada. Sí, está preparada, la revolución está hecha, es tan claro como el día» (XI, pp. 18-23).

quiera desean conocerlo, que desconfían unos de otros y que se detestan francamente. Era el caso de Herzen y de Marx. Herzen, quien por toda clase de razones no sentía demasiada simpatía hacia los exiliados alemanes, odiaba francamente a Marx y sus partidarios. Aquellos «marxistas», o también la «banda de azufre», como los llamaba, le parecían más rígidos todavía que el resto de los exiliados alemanes. Encarnaban el dogmatismo, se encerraban en una filosofía abstracta que corría pareja con su espíritu de orgullo y exclusión. Marx no veía en Herzen otra cosa que a un aristócrata ruso, además riquísimo, sospechoso de paneslavismo apenas disimulado tras una fraseología socialista. Marx se negaba sistemáticamente a participar en los mítines internacionales en los que Herzen debía intervenir (ése fue sobre todo el caso del mítin conmemorativo del 27 de febrero de 1855 que hemos evocado; a pesar del anuncio de su participación en los carteles, se retiró. «Nunca subiré al mismo podio que Herzen, porque no creo que nuestra vieja Europa rejuvenezca con la sangre rusa», le escribía a Engels). A pesar de todo, una quincena de años más tarde, Marx se puso a leer, para aprender ruso, entre otros libros, *El pasado y los pensamientos* en versión original.

Las desconfianzas y las animosidades se alimentaban de sospechas. El medio revolucionario parece atacado por una especie de espiñitis; constantemente se teme a los traidores y por todas partes se olfatean espías. A veces tales sospechas están justificadas: todas las policías tratan de infiltrar agentes; los encontramos, por ejemplo, entre los colaboradores más allegados a Mazzini. Sin embargo, a menudo sólo se trata de rumores calumniosos: como Orsini conseguía evadirse de las cárceles mejor guardadas, empezó a extenderse el rumor de que gozaba, desde luego, de la complicidad austríaca.

Tales rumores sobre revolucionarios sobornados por la policía dan testimonio de la miseria que afectaba a la política en el exilio, pero también, si no sobre todo, de la miseria a secas. Ganarse la vida era una preocupación mayor, y a menudo humillante, de los revolucionarios en el exilio. Aquella revolución que tanto tardaba en llegar no daba de comer a su mundo, y los exiliados, gentes de letras, periodistas, juristas, etc., no tenían oficio que les asegurase la supervivencia. Herzen cuenta que en 1852 encontró en Londres a Worzell, quien, en su calidad de miembro del Comité Democrático Europeo, llamaba a todas las puertas, redactaba peticiones y artículos para los periódicos, etc.

Trabajaba sin descanso, pedía, se esforzaba por convencer. Pero como además tenía que comer, Worzell daba clases particulares de matemáticas, de dibujo e incluso de francés. Tosiendo y ahogándose de asma, recorría Londres de un extremo a otro para ganar dos chelines, todo lo más media coro-

na. E incluso daba una parte de sus ganancias a sus camaradas necesitados (XI, p. 134).

Al principio sólo se trabajaba para hacer política; pero de forma inexorable, con el correr de los años, esa actividad se volvía tan absorbente y penosa que, para muchos, dejaba en un segundo plano su razón primera hasta hacerla caer en el olvido. La marginalización acechaba a los exiliados y la frontera entre ellos y los marginales tendía a borrarse. Como hemos dicho, Herzen poseía fortuna; caso tan excepcional en ese mundo de exiliados que le imagina riquísimo. Recibe constantemente cartas solicitándole dinero para las causas políticas más nobles; otras le piden que financie inventos tan geniales como desconocidos. Son, sin embargo, numerosísimas las que, sin ambages, solicitan una ayuda para pagar deudas o para comprar una levita, para sobrevivir.

* * *

Detengámonos ahí. Como hemos dicho, el tiempo del exilio era el tiempo del declive de los revolucionarios del 48. Tras una veintena de años, esa figura histórica se hunde en el pasado por múltiples razones.

En primer lugar figura, desde luego, el desgaste del tiempo. Un cuarto de siglo supone mucho en una vida. También los revolucionarios envejecen, y tal vez de forma más rápida que los demás. Los largos años de provisionalidad convertida en permanente son un tiempo de erosión de las almas y de los espíritus. Es de sobra conocida la frase de que la revolución devora a sus hijos; para los exiliados es la ausencia de revolución la que los devora y destruye.

Sin embargo, no es sólo una generación la que se desgasta y desaparece. Lo mismo le ocurre a esa «figura del revolucionario», cuya historia hemos seguido y cuya culminación eran, en cierto modo, esos hombres del 48. La historia de los revolucionarios no se detiene, por supuesto, con su declive. Otros revolucionarios les suceden, pero son eso, otros: piensan e imaginan la revolución y la acción que ha de llevar hasta ella de otro modo. Responder a la pregunta de por qué la figura de los hombres del 48 no se reproduce sería necesariamente estudiar las condiciones del advenimiento de esos revolucionarios nuevos. No es ese nuestro objetivo; tratemos, todo lo más, de esbozar algunas observaciones sobre los factores que impedían una reproducción semejante.

Los exiliados se marcharon no sólo con la convicción, dura como el hierro, de que la revolución no tardaría en llegar, sino de que había de enlazar necesariamente con la revolución de la «primavera de

los pueblos»: reuniría en una sola y misma cosa la república, la libertad de los pueblos y la justicia social. Pero el 48 no volvió. Se alejaba más cada vez, y con él desaparecía su horizonte histórico, la coyuntura política, cultural y social en la que se pensaba e imaginaba la revolución como tal coyuntura.

Lo cual no quiere decir que los problemas surgidos en la primera mitad de siglo y que dominaban el 48 no encontrasen luego ninguna solución. El drama de los revolucionarios consistía, entre otras cosas, en el hecho de que la realización de sus expectativas se hacía sin ellos y contra ellos. Y lo que para ellos representaba un único objetivo de tres facetas estallaba en trozos y se rompía.

Las dos grandes naciones europeas, Italia y Alemania, consiguieron por fin su unidad, pero fue obra de una dinastía y de los éxitos militares, y no de una revolución ni de una república. Los últimos días de Mazzini simbolizan perfectamente ese fracaso; apenas se reconocía en la Italia reunida en un Estado-Nación: todo aquello no era otra cosa «que un fantasma, una máscara», escribía en 1871. Poco más tarde muere en Pisa, después de haber regresado a Italia bajo el nombre falso de un extranjero, un tal míster Brown. Permaneció exiliado en su propio país.

Lo mismo ocurre con la República, que también, y por fin, ha llegado; sin embargo no ha llegado como consecuencia de una revolución sino debido a la derrota militar del Imperio. Cierta que su proclamación fue seguida por una revolución, por la Comuna, con sus barricadas y sus banderas rojas. Pero era una revolución que oponía lo social a la república y que concluyó con la semana sangrienta. A ambos lados de la barricada se encontraron hombres del 48, y eran muchos los que no podían elegir: los versalleses les repugnaban, pero les resultaba imposible identificarse con la Comuna.

No se luchaba por la justicia social únicamente en las barricadas, pero entonces esa lucha adoptaba nuevas formas. El viejo tipo de revolucionario era sustituido por un agitador de huelgas y por un sindicalista; la conspiración y las sociedades secretas dejaban sitio al partido político; en Alemania, tierra elegida de la socialdemocracia, el partido pasa a tener en veinte años, de 1871 a 1891, del 3 al 20 por ciento de electores.

En el último cuarto del siglo XIX, el epicentro de los movimientos revolucionarios se desplaza hacia el este, hacia Rusia, o, dicho con mayor exactitud, al Imperio ruso, donde se forma una nueva población de revolucionarios, abundante en número y de grandísima diversidad. Sería interesante ver si, bajo otros cielos, en otra época y en un contexto político y social diferente, renacen representaciones, mentalidades y prácticas análogas a las del 48. Para ello, sin embargo, habría que abrir un dossier completamente distinto y adentrarse

por una historia comparativa de los revolucionarios y, por lo tanto, de las revoluciones.

Las relaciones entre fines y medios, entre valores y poderes, se hallan en el corazón mismo de lo político, y, de modo muy especial, en el corazón de cualquier proyecto revolucionario. Cuando los cuarentayochistas proscritos regresaban a sus casas los miraban como a personalidades cierto que honorables, incluso como antepasados; pero a ojos de todos encarnaban una tradición revolucionaria obsoleta. ¿No habían pensado e imaginado la revolución y su propia acción ante todo en términos de valores, y sólo después, y no en grado suficiente, en términos de poder? Así pues se les tildó de generosos en demasía y no suficientemente prácticos, de ingenuos en demasía y no suficientemente realistas, de soñadores en demasía y no suficientemente pragmáticos. De idealistas, de románticos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGULHON, M., *Les quarante-huitards*, París, 1975.
 BERTIER DE SAUVIGNY, G., *La Restauration*, París, 1955.
 BLANC, L., *Histoire de dix ans. 1830-1840*, París, 1846.
 BOUTON, V., *Profils révolutionnaires*, París, 1848.
 BUONAITOTI, P., *Conspiration pour l'Égalité dite de Babeuf*, París, 1957.
 CARR, E., *The Romantic Exiles*, Londres, 1949.
 DANSETTE, A., *L'attentat Orsini*, Ginebra, 1972.
 DOMMANGET, M., *Auguste Blanqui. Des origines à la Révolution de 1848*, París-La Haya, 1969.
 EISENSTEIN, E., *The First Professional Revolutionist*, Cambridge, Massachusetts, 1969.
 FURET, F., *La Révolution*, París, 1989.
 GALANTE GARRONE, A., *Filippo Buonarroti e i rivoluzionari dell'Ottocento, 1828-1837*, Turín, 1951.
 GEOFFROY, G., *L'Enfermé*, París, 1926.
 HERZEN, A. I., *Pasado y pensamientos*, Tecnos, Madrid, 1996.
 PRÉPOSIET, J., *Histoire de l'anarchisme*, París, 1933.
 REY, A., «Révolution». *Histoire d'un mot*, París, 1989.
 ROSSELLI, N., *Mazzini e Bakunin*, Turín, 1967.
 SPITZER, A. B., *Old Hatreds and Young Hopes. The French Carbonari and the Bourbon Restoration*, Cambridge, Mass., 1971.
 STERN, D. (Marie de Flavigny, comtesse d'Agoult), *Histoire de la Révolution de 1848*, París, 1862.
 TOCQUEVILLE, A., *Souvenirs*, París, 1978.
 ULAM, A. B., *Russia's Failed Revolutions*, Nueva York, 1981.
 ZACONE, P., *Sociétés secrètes*, París, 1847-49.